

CLARK CARRADOS

ASALTO AL YO

El hombre estaba apoyado en la barra de la taberna, contemplando melancólicamente la partida de lanzamiento de dardos que sostenían algunos de los clientes. Olía a tabaco, ginebra, cerveza y queso fundido. Afuera lloviznaba. Molly, la regordeta camarera, sueño de los solteros y envidia de los casados, iba constantemente de un lado para otro, llevando servicios y retirando vasijas vacías.

Ross Wengy contempló con pena su vacía jarra de cerveza. La última del día. El padre de Molly le había cerrado el crédito. No era que tuviera nada personal contra él, pero Wengy se había quedado sin trabajo hacía ya más de seis meses y su cuenta había subido de un modo alarmante, sin que se observasen señales de cancelarla.



Clark Carrados

Asalto al yo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 424

ePub r1.0

LDS 11.07.18

Título original: *Asalto al yo*
Clark Carrados, 1968
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba apoyado en la barra de la taberna, contemplando melancólicamente la partida de lanzamiento de dardos que sostenían algunos de los clientes. Olía a tabaco, ginebra, cerveza y queso fundido. Afuera lloviznaba. Molly, la regordeta camarera, sueño de los solteros y envidia de los casados, iba constantemente de un lado para otro, llevando servicios y retirando vasijas vacías.

Ross Wengy contempló con pena su vacía jarra de cerveza. La última del día. El padre de Molly le había cerrado el crédito. No era que tuviera nada personal contra él, pero Wengy se había quedado sin trabajo hacía ya más de seis meses y su cuenta había subido de un modo alarmante, sin que se observasen señales de cancelarla.

La última jarra de cerveza del día… y quizá de muchos días más. Las posibilidades de obtener trabajo en el duro invierno que se avecinaba eran mínimas. Tal vez arreglar algún jardín, tapar algunas goteras en unos techos, chapuzas, en suma, que le proporcionarían algunos chelines. El subsidio de paro le daba lo justo para comer —él y la prole, con la esposa, claro—, pero no quería distraer un solo penique de aquella asignación para sus vicios menores.

En medio de todo, Wengy era honesto. Pero se sentía frustrado y melancólico.

De repente, oyó una voz a sus espaldas.

—Sin trabajo, ¿eh?

Wengy se volvió. Había un hombre a su lado, de cuya presencia no se había enterado hasta aquel momento.

Era alto, delgado, de nariz prominente y cejas picudas, que parecían los perfiles de sendos tejados sobre unos ojos hundidos en el fondo de sus órbitas y que brillaban con la vivacidad y el ansia de

un ave de presa. Los labios eran delgados, muy rojos, y contrastaban singularmente con la blancura perfecta de los dientes. La barbilla terminaba en un puntiagudo mentón.

El hombre vestía de negro enteramente, salvo la camisa, que era blanca. Usaba sombrero e impermeable y ambas prendas eran también negras.

Wengy titubeó en la respuesta. Nunca había visto a aquel individuo y se preguntó cómo había conseguido entrar en la taberna, sin que se diera cuenta de ello. Probablemente estaba entretenido contemplando la partida de lanzamiento de dardos, se dijo.

—¿Le gustaría encontrar una buena colocación? —preguntó el hombre de negro, antes de dar lugar a la respuesta de Wengy.

—¡Qué cosas tiene usted! —sonrió Wengy—. Estoy parado, sin blanca… y me pregunta si quiero colocación. Pero, antes de nada, ¿quién es usted, amigo?

El hombre de negro agitó una mano.

—Dos jarras de cerveza, por favor —pidió—. Señor Wengy, ¿cómo prefiere la suya? ¿Con una copa de ginebra o con queso fundido?

—Ginebra, por favor… Oiga, ¿cómo sabe mi nombre?

Molly se acercó al extremo de la barra. El hombre de negro repitió:

—Dos jarras de cerveza. La del señor Wengy con una copa de ginebra.

—Al momento, señor —contestó la hija del tabernero.

Molly regresó poco después con el pedido. El hombre de negro levantó su jarra antes de beber.

—A la salud de usted, señor Wengy. Y a la de su digna esposa e hijos.

—Muy amable, señor, pero todavía no me ha dicho su nombre ni en qué va a consistir ese trabajo.

El extraño individuo metió la mano dentro de su impermeable y sacó una tarjeta doblada en dos que entregó a Wengy.

—Éste es mi nombre y en la tarjeta figura la dirección. Acuda mañana a las ocho en punto. Entonces le diré en qué consistirá su trabajo que, por supuesto, es absolutamente honrado.

—No admitiría nada contra la ley —dijo Wengy—. Y, permítame

una pregunta, ¿cuáles serán mis honorarios?

—¿Le parece bien quince libras semanales?

—No puedo quejarme —sonrió Wengy—. Está bien, señor… Mañana, a las ocho en punto, estaré dispuesto para empezar a trabajar.

El hombre de negro depositó media corona sobre el mostrador y emitió una suave sonrisa.

—Ha sido un placer, señor Wengy. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor…

El extraño individuo dio un pequeño rodeo, para no estorbar a los jugadores que lanzaban los dardos y llegó a la puerta de la taberna. Al abrirla, entró una racha de lluvia junto con un ululante gemido del viento.

Wengy se estremeció. De repente, le había parecido que el hombre vestido de negro se había fundido con la noche.

La puerta se cerró y la taberna recobró su atmósfera cálida y confortable. Entonces, Wengy se volvió e hizo un signo con la mano.

Molly se acercó y apoyó los codos sobre el mostrador. Era su postura favorita; le gustaba jugar a ser provocativa y enseñar una buena parte de sus opulentos encantos.

—Dime, Molly —sonrió—. Ese tipo de negro… ¿Le habías visto alguna vez antes de ahora?

—No, pero me ha dado una buena propina —contestó Molly—. Clientes como él nos convendrían muchos.

Wengy captó el sentido reprobatorio de la respuesta y se enojó.

—Yo también he sido un buen cliente vuestro, hasta que me despidieron de la factoría —masculló—. Pero ahora he encontrado trabajo de nuevo y quizá me pase a consumir mis cervezas al «Zorro de Hierro».

La taberna de «El Zorro de Hierro» era la rival de la que regían Molly y su padre. Molly hizo una mueca de desdén.

—No te lo impediré, por supuesto —respondió—. Pero antes habrás de cancelar tu cuenta.

—Lo haré, así que cobre mi primera soldada, no tengas cuidado. Después de diez años de ser vuestro cliente… negarme el crédito —bufó Wengy.

Molly se encogió de hombros. Para su padre, el negocio no tenía

entrañas. «Demasiado tiempo le hemos dado de beber al fiado», y luego se marchó para atender a otro cliente.

Wengy se acordó entonces de la tarjeta. Desdoblándola, leyó:

J. N. SATTERLEY
Colphax Mansion
West Road Crankess

Wengy torció un poco el gesto. Crankess era una aldea situada a doce kilómetros al noroeste de su lugar de residencia. Tendría que desempolvar la vieja bicicleta para desplazarse hasta allí, pero… ¿dónde estaba Colphax Mansion?

Se encogió de hombros. No faltaría en Crankess quien le diera indicaciones al respecto. Lo importante era que había conseguido trabajo… y que le iban a dar nada menos que quince libras a la semana.

* * *

La profesora dijo:

—Uno, dos…, uno, dos… Uno, dos, tres… Derecha, derecha… Izquierda, izquierda. Así no, señor Belián; izquierda, izquierda. Muy bien, ya va mejorando… Siga, siga… pero no apriete tanto mi cintura; soy de carne y hueso, no de goma…

Gil Belián sonrió.

—Lo siento, señorita Creed; se me fue la mano… Perdón, quise decir que no me di cuenta… Por supuesto, ya sé que es de carne y hueso… y lo que hay encima de los huesos posee un considerable atractivo…

—Soy su profesora de baile, no una de sus innumerables conquistas —dijo *miss* Greed severamente—. Continuemos la clase, por favor.

—Desde luego, *miss* Greed.

La profesora de baile era menudita, pero muy bien formada. Sabía cómo ponerse el traje negro de una sola pieza, que se ceñía a su esbelto cuerpo como una segunda piel. No obstante, *miss* Greed poseía la suficiente serenidad como para no mezclar la pedagogía

con la diversión.

Gil Belián maldijo para sus adentros aquel compromiso que le obligaba a conocer los complicados pasos del «starboom», el último baile de moda. Alguien lo había inventado, complaciéndose en hacerlo sumamente enrevesado, con gran éxito de practicantes y venta de los correspondientes discos por cientos de miles.

Pero no le quedaba otro remedio que aprenderlo. Y Belián se aplicaba con toda su alma a la tarea o, lo contrario, haría el ridículo y, además, perdería un buen contrato.

Sonó el timbre de un despertador. *Miss* Greed paró de bailar en el acto.

—La clase ha terminado, señor Belián —dijo con voz fría e impersonal—. ¿Mañana, a la misma hora?

—A la misma, por supuesto.

La señorita Greed se dirigió hacia una silla, donde había dejado un detonante impermeable negro. Belián le ayudó a ponérselo y preguntó:

—¿Desea retocarse un poco, *miss* Greed?

—No, muchas gracias; por hoy, he terminado mis clases. Lo haré en casa. Buenas tardes, señor Belián.

—Buenas tardes, *miss* Greed.

Belián la acompañó hasta la puerta. Luego regresó a su despacho, decorado con una audacia modernista y agresiva. Puso de nuevo el tocadiscos en marcha e inició una nueva serie de pasos de «starboom».

—Uno, dos… uno, dos… Uno, dos tres… derecha, dere… ¿Derecha o izquierda? —se preguntó, repentinamente olvidadizo.

Una voz dijo:

—Derecha dos veces; luego izquierda otra vez, señor Belián.

—¿Eh?

Belián se volvió en redondo.

Había una joven ante él. Sonreía ligeramente, con expresión burlona y divertida a un tiempo.

Era alta y, aparentemente, bien conformada, sólo que el impermeable rojo que vestía impedía admirar su anatomía. Sus ojos eran verdes, profundos, rasgados, y contrastaban agradablemente con una frondosa cabellera que parecía hecha de hilos de cobre.

—Encontré la puerta abierta… —dijo ella a guisa de excusa.

—Un descuido imperdonable en un hombre de mi profesión —manifestó Belián, rehaciéndose de la sorpresa recibida. Paró el tocadiscos y añadió—: ¿Quiere sentarse señorita…?

—Stills, Audrey Stills —contestó la hermosa visitante—. He venido a contratarle, señor Belián. ¿Dónde me siento?

Belián se situó detrás de su mesa. Presionó un botón y un sillón de diseño estremecedoramente futurista surgió del suelo. Él se sentó en un ángulo de la mesa.

—Oiga, ¿no tiene patas esa mesa? —preguntó Audrey, asombrada.

—Oh, son de vidrio polarizado. Por ello, el tablero parece suspendido en el aire, pero no tema; no uso aún procedimientos antigravitatorios, señorita Stills.

Ella contempló un instante el sillón. Tenía una sola pata cilíndrica, que sostenía una plancha horizontal y otra que hacía ángulo recto con aquélla. A primera vista, parecía incomodísimo.

—Vaya, esto sí que resulta confortable —alabó.

—Me los construyó un decorador amigo mío —explicó Belián—. De este modo, los muebles se adaptan individualmente a la persona que los usa.

—No es mala idea.

Audrey contempló al hombre que tenía delante de sí y de quien se decía era uno de los más sagaces investigadores privados londinenses. Le pareció muy joven para la notoria fama que había adquirido. Robusto, de pelo negro y levemente rizado, expresión sonriente y facciones enérgicas. Realmente, Belián era más bien feo, pero de una fealdad varonilmente atractiva. Sobre todo su sonrisa…

—¿Y bien, señorita Stills? —dijo él.

—Quiero contratar sus servicios, señor Belián —expresó Audrey—. Pagaré lo que me pida. No… no deseo parecer presumida, pero el dinero no importa en este caso.

—A usted, no, pero a mí sí —contestó Belián con desenvoltura—. Yo vivo de mis clientes y acostumbro a pasar minutas estremecedoramente elevadas. Claro que también consigo resultados.

—Por eso estoy aquí —afirmó Audrey—. No discutiremos por sus honorarios, señor Belián, puede estar seguro de ello.

—Muy bien, solventado ya el problema principal, hablemos del

suyo, señorita. ¿Qué la aflige?

—Me aflige el hecho de que creo que mi padre ha sido suplantado —contestó la joven.

Capítulo II

En uno de los ángulos de la mesa había una serie de teclas de distintos colores. Belián oprimió una de ellas y, al instante, surgió del suelo un pequeño bar portátil.

—¿Jerez? ¿Martini? ¿*Whisky*? —invitó—. ¿O prefiere los vinos dulces? Tengo Málaga, Oporto…

—Una copita de Málaga, por favor —indicó Audrey.

Belián llenó la copa y se la entregó a la joven. Para él se puso medio vaso de *whisky* con dos cubitos de hielo.

—Hable —invitó.

—Sospecho que mi padre ha sido suplantado —repitió Audrey —. Parece él, físicamente es idéntico y nadie podría afirmar lo contrario, pero…

—¿Pero…?

—Señor Belián —dijo ella—, ¿usted ha oído hablar de mi padre?

—William T. Stills. Petróleo, bancos y ferrocarriles —recitó el detective—. Además de unas cuantas empresas menores, cada una de las cuales, sin embargo, haría la felicidad de un millonario.

—Así es —reconoció Audrey sin complejos—. Ciertamente, el volumen de sus negocios no me permite acompañarlo con frecuencia, pero ello no impide que le conozca a fondo.

—Lógicamente. ¿Qué más?

Audrey se quedó un momento pensativa. Luego dijo:

—Hace algunos días, empezó a vender ciertas acciones que poseían un elevado valor. No era sensato, en mi opinión, y eso provocó una baja, origen de la ruina de la industria afectada. Esa industria producía grandes beneficios y ahora está a punto de cerrar sus puertas.

—Los financieros, ya se sabe —sonrió Belián—; nunca se

comprende el motivo de sus decisiones. Tal vez su padre posea otra industria análoga y competidora, pero de mayor porvenir, y quiso eliminar una rivalidad perniciosa dentro de la misma casa.

—No, no hay otra industria competidora. Ni en nuestra casa ni en Inglaterra. Nosotros… mi padre, es decir, era el único que fabricaba…

—Fabricaba, ¿qué? —preguntó el detective, al observar la súbita detención de Audrey.

Ella le miró con aire casi suplicante.

—Fabricaba circuitos biomecánicos —dijo.

—¿Eh? —Respingó Belián—. ¿Qué es eso?

—¿No ha oído hablar de robots?

—Por supuesto, pero…

—Esos circuitos entraban en la composición de los mecanismos de los robots. En parte, estaban compuestos por sustancias orgánicas, derivadas del sistema nervioso, lo que hacía que esos circuitos resultasen mucho más activos que los puramente mecánicos. Naturalmente, la demanda era extraordinaria y las cadenas de fabricación no daban abasto a satisfacer los pedidos.

—Y ahora, la factoría cerrará.

—Sí. Sus beneficios eran enormes. Por eso afirmo que la decisión de mi padre me parece disparatada.

—Bueno, pero ello no indica necesariamente que haya sido suplantado. Quizá ha sufrido una pequeña crisis nerviosa, que ha alterado momentáneamente su estado mental…

Audrey movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No hay tal crisis nerviosa —aseguró—. Mi padre, señor Belián, poseyó siempre una cabellera recia, sólida, casi hirsuta. El otro día, le sorprendí quitándose una peluca. Debajo de ella sólo había un cráneo mondo y pelado, sin el menor rastro de cabello, salvo…

La joven se estremeció. A Belián le pareció que rememoraba una horrible visión.

—Siga —invitó.

—Encima de las orejas vi cómo dos botoncitos que sobresalían de su cráneo. Eran pequeños, de unos cinco centímetros de diámetro y de un grosor análogo. Su color era rojo y…

Audrey se mordió los labios.

—Yo me quedé tan asombrada —continuó—, que durante unos

instantes no supe qué hacer ni qué decir. Mi padre no se había dado cuenta de mi presencia y siguió realizando una extraña acción.

—¿Que consistió en…?

—Abrió el cajón de su mesa y sacó un largo rollo de cable conductor, muy fino, en uno de cuyos extremos había un enchufe que conectó a una toma de corriente. En el extremo opuesto, el cable estaba dividido en dos hilos, terminados en sendas clavijas, cada una de las cuales fue insertada en uno de los botones rojos que le he dicho.

—¡Rayos! —exclamó Belián, completamente estupefacto—. Eso parece… como cuando se recarga la batería de un automóvil.

—Exactamente lo mismo pienso yo —convino Audrey, algo más calmada—. Por todo esto y por lo que le he dicho acerca de la fábrica de circuitos biomecánicos es por lo que sospecho, mejor aún, tengo la casi absoluta certidumbre de que mi padre ha sido suplantado.

—Por un robot que, de cuando en cuando, necesita reponer en sus pilas la energía consumida —dijo Belián.

—Exactamente —confirmó la muchacha.

* * *

Mucho rato después de haberse ido Audrey Stills, Gil Belián continuaba sentado detrás de su mesa, inmóvil como una estatua, con los ojos entrecerrados, pero con el cerebro en activo funcionamiento.

¿Sustituir a un hombre por un robot?

—Posible, pero increíble —se dijo.

Pero, a cada minuto que pasaba, la suplantación le parecía más lógica.

William T. Stills era hombre de gran posición. Poseía una enorme fortuna y sus negocios abarcaban prácticamente casi todos los campos del comercio y de la industria.

—No van a suplantar a un «pelanas» cualquiera, sin importancia económica y social, quienquiera que sea el autor de la suplantación —pensó Belián.

Y se preguntó quién o quiénes podían ser autores de tal hecho, pero Audrey no había podido darle informes al respecto.

Estaba tan ignorante como él.

Bien, el caso era que le había caído un importante trabajo, de lo que, en medio de todo, no dejaba de felicitarse. Así podría cancelar su compromiso y huir de bailar el «starboom».

—Lo siento por la pobre *miss* Greed; dejará de darme clases —sonrió—. Aunque ella se alegrará también de no tener que desasnar a un alumno tan torpe como yo.

Encendió un cigarrillo. Le pareció ver en las azules espirales de humo el encantador rostro de Audrey Stills.

La imagen se disipó de pronto. El
«ding-dong»
de la puerta de entrada se encargó de volver a Belián a la realidad.

Belián pulsó una tecla del cuadro de mandos de su mesa. Delante de él se encendió una pantalla de televisión.

El individuo vestía un uniforme comercial y llevaba en las manos una caja de forma alargada.

—¿Qué desea? —preguntó Belián.

—Un encargo de los Almacenes McIvorson, señor Belián —contestó el mandadero.

—Muy bien, entre.

Belián abrió la puerta desde su mesa. El mandadero cruzó el umbral. La puerta se cerró automáticamente.

—Deje el paquete sobre ese sillón —indicó el joven.

—Sí, señor.

El mandadero se acercó al sillón. De pronto, levantó la tapa de la caja y extrajo de su interior una vieja pero efectiva ametralladora de tambor.

Inmediatamente, apretó el gatillo. Un chorro de llamas brotó de la boca del arma.

Belián no se movió siquiera. Las balas se detenían a tres pasos de él, rebotaban con agudos chillidos y caían al suelo o se incrustaban en el techo y las paredes.

El pistolero se quedó atónito al ver surgir ante sus ojos una serie de estrellas, con largos rayos, que parecían flotar en el espacio. Tardíamente comprendió que Belián estaba protegido por un muro de vidrio a prueba de balas.

Entonces tiró el arma y quiso huir.

Belián presionó otro botón. Una negra trampa se abrió delante

del pistolero quien, antes de poder detener su carrera, se zambulló de cabeza en el hueco, debido al impulso que llevaba.

La trampa se cerró en el acto. Otra se abrió a pocos pasos de distancia y, a través de ella, salió despedido el cuerpo del pistolero, que ascendió volteando un par de metros en el aire, para caer al suelo a continuación, en donde quedó aturdido y sin fuerzas para moverse.

Belián había quitado ya el muro de vidrio blindado. Salió de detrás de la mesa, se acercó al pistolero y se inclinó sobre él.

Había en sus bolsillos una pistola de pequeño calibre y una navaja, con una hoja de quince centímetros de longitud. Belián lanzó las armas a un rincón y luego hizo ponerse en pie al individuo, cuyo desconcierto continuaba todavía.

Un segundo registro le hizo ver unos documentos a nombre de Archie Morton. La profesión oficial era de chófer de camión.

Belián hizo surgir del suelo otro sillón, hacia el que empujó a su aturdido prisionero. Unas abrazaderas metálicas surgieron en el acto, inmovilizándole casi por completo.

El detective sonrió.

—No te esperabas lo del muro blindado, ¿eh? —dijo—. Ni tampoco la trampa, con la catapulta bajo el suelo, ¿no es cierto?

Morton se pasó la lengua por los labios.

—Le convendría soltarme —dijo, esforzándose por mostrarse valiente.

—Oh, sí, claro… y si no lo hago, tus compinches vendrán y me freirán a tiros. —Belián hizo chasquear su lengua—. Archie, esos procedimientos pertenecen ya al siglo pasado. Ahora se emplean otros; vosotros sois unos retrógrados.

—Bueno, ¿y qué? Me enviará a una comisaría y me acusará de intento de homicidio. Estaré un par de años en la «trena» y luego, ¡paf!, libre otra vez.

—Eso será si sales de aquí —dijo Belián incisivamente.

Morton se alarmó.

—¿Eh? ¿Es que piensa matarme?

—Todo depende de tu espíritu de cooperación, Archie. Es fácil imaginarse que no has venido aquí por propia iniciativa, ¿verdad?

—Usted lo que quiere es que yo me convierta en un «chivato» —dijo Morton despectivamente—. Soy un tipo duro, mucho más de lo

que se imagina, así que ya puede empezar a torturarme. Perderá el tiempo, créame.

Belián meneó la cabeza, fingiendo pesadumbre.

—Sigues siendo anticuado, amiguito —dijo—. ¿Acaso piensas que voy a desnudarte el pecho y a llenártelo de quemaduras con la brasa de mi cigarrillo? Yo empleo otros procedimientos mucho más eficaces para hacer hablar a los recalcitrantes.

—¿De veras? —se burló el prisionero—. A ver, empiece cuando quiera, fisgón.

—Hombre, podría darte a elegir el género de tortura: descargas eléctricas, astillas encendidas bajo las uñas, la «bota malaya» o… Pero me estremecen la sangre y los gritos. Soy un hombre sensible, Archie, no lo puedo remediar.

—Bueno, bueno, basta de charla y empiece cuando quiera —le desafió Morton.

—No faltaría más. Me gusta complacer siempre a mis visitantes.

Belián se dirigió hacia su mesa y puso el índice sobre un botón. Miró al pistolero y sonrió.

—Para casos como éste, tengo un valioso auxiliar, llamado «Atila». ¿Quieres ver a «Atila»?

La frente de Morton se llenó de sudor. Empezó a tener miedo.

Entonces, Belián apretó la tecla.

CAPÍTULO III

Delante del prisionero un trozo de la pared se descorrió silenciosamente, dejando ver una sólida reja de acero, al otro lado de la cual, un león de negras melenas agitaba la cola amenazadoramente.

Las fauces del león se abrieron. Un horrible rugido llenó el ambiente.

—«Atila» tiene hambre —sonrió Belián—. El carnicero no le ha traído aún los diez quilos de carne que necesita a diario y ahora está viendo delante de él provisiones para dos o tres días. ¿Quieres que lo suelte?

Morton tenía el rostro ceniciento.

—Usted… usted no hará una salvajada semejante… —balbució.

—No me dirás que la ráfaga que me soltaste era un acto de cortesía —contestó el detective. Apretó otro botón y la reja empezó a elevarse.

El león se agachó y sacó las patas delanteras por el hueco, forcejeando por salir fuera de su jaula. Gruñía ferozmente y hasta podían percibirse los crujidos de la verja, debido a los empujones que la bestia daba con su enorme cabeza.

—Archie, yo estoy detrás del muro blindado —dijo Belián—. Tú me oyes a través de un altoparlante. Si suelto al león, despídete de este perro mundo.

—¡Basta! —gimió Morton, derrotado por completo—. Quite esa fiera de mi vista…

—Primero tienes que hablar —indicó Belián implacablemente—. Y te advierto una cosa: si no lo haces a mi entera satisfacción, soltaré a «Atila».

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Primero, ¿quién te ha enviado a matarme?

—Si quiere que le diga la verdad, no le conozco.

—¿Eh? —dijo Belián.

—Así… así es —contestó Morton, cuyos ojos no se apartaban del león—. Yo… bueno, recibí una carta con cien libras en su interior. En ella me decían que debía vigilar a Audrey Stills día y noche.

—Pero tenías que informar a alguien de los resultados de tu vigilancia, ¿no es así?

Morton asintió.

—El tipo me dio un número de teléfono, es todo lo que sé. La carta no tenía firma…

—Estás mintiendo, Archie.

—¡No! ¡Le juro que es la verdad!

—Viniste aquí disfrazado de mandadero de unos importantes almacenes. La ametralladora viajó dentro de una caja auténtica. ¿Cómo vas a convencerme de que no me mientes, si lo tenías ya todo preparado?

—Él… mi jefe me ordenó que lo hiciera así, para seguir a la chica mejor, sin ser advertido. También me dijo que tuviera preparada una metralleta por… por si era necesario «apiolar» a alguien.

Belián asintió. La explicación parecía convincente.

—Sigue —ordenó.

—Bueno, ella vino aquí… yo la seguí y llamé a ese teléfono. Entonces, el jefe me ordenó darle el pasaporte a usted.

—De modo que no le conoces, ¿eh?

—No… ¡Vamos, meta a ese león de una vez en su maldita jaula!

—Calma, pajarraco —dijo Belián—. Dame el número de ese teléfono.

—Waterloo 2 – 5670 —contestó Morton.

—Bueno, ya averiguaré a quién pertenece —murmuró Belián—. Creo que me has dicho bastante… y encuentro lógico que tu jefe no haya querido comprometerse demasiado contigo.

Hizo una corta pausa. Acababa de ocurrírsele una idea.

Saliendo de detrás de la mesa, se acercó al prisionero. De pronto, le agarró por los cabellos y dio un fortísimo tirón.

Morton lanzó un aullido de dolor.

—¿Qué está haciendo? —se quejó.

—Pues no, no eres un robot —murmuró Belián, acordándose de los informes que le había dado Audrey Stills.

—¿Yo, un robot? ¡Soy de carne y hueso, maldito fisgón!

—Por suerte tuya —contestó el detective.

—¿Y el león? ¿Cuándo lo va a quitar de mi vista?

Belián se echó a reír.

—Era sólo una proyección cinematográfica —dijo—. ¿Cómo puedes ser tan tonto como para creer que en un edificio de pisos puede mantenerse a una fiera de la selva?

Morton lanzó un rugido de ira al darse cuenta de que había sido engañado. Pero el detective ya no le hacía caso.

Belián estaba poniéndose en contacto con un amigo suyo, quien «trabajaba» en Scotland Yard con el grado de inspector.

El cual, además, le facilitó amablemente el domicilio que correspondía al teléfono Waterloo 2 — 5670.

* * *

El piso estaba desierto.

Belián ya se esperaba algo por el estilo. En la puerta había un rótulo indicativo de que allí estaban radicadas las oficinas de una compañía comercial, de nombre imaginario, calculó.

El teléfono estaba conectado a un transmisor de radio, que recibía los mensajes, los emitía y asimismo daba también las respuestas.

De este modo, resultaba imposible conocer el lugar donde se escondía el jefe de Morton.

A pesar de todo, Belián no se dio por vencido y practicó un registro agotador en la casa.

No dejó rincón por examinar: golpeó una por una las tablas del suelo, los paneles de las paredes; buscó cajones secretos, hojeó página por página los pocos libros que allí había y hasta revisó las cañerías del cuarto de aseo.

Pero no encontró nada que le facilitara la menor pista, salvo un trocito de papel, que estaba en uno de los libros a modo de señal, para marcar la página.

El trozo de papel parecía haber formado parte de una tira donde se había escrito algo. Belián sólo poseía el final, donde, con letras

que imitaban las mayúsculas de imprenta había cuatro letras: «… kess».

El libro no tenía nada de particular; era una vulgar recopilación de cuentos de vaqueros. Guardó aquel fragmento de papel y se marchó a su casa a darse un buen baño y a preparar el equipaje para pasar unos cuantos días en la residencia campestre del opulento señor Stills.

Al día siguiente, detuvo su coche, un potente deportivo «Austin 010», movido por turbinas y capaz de alcanzar sin esfuerzo los cuatrocientos kilómetros horarios, delante de la verja que permitía el acceso al parque que rodeaba la mansión del padre de Audrey.

Un rígido cancerbero abrió la verja, tras recibir el oportuno permiso desde la casa. Belián avanzó a marcha reducida y detuvo el vehículo delante del amplio pórtico de acceso.

Saltó del coche. Un mayordomo de impecable presencia salió a su encuentro.

—El señor Belián, supongo —dijo cortésmente.

—En efecto.

—La señorita Audrey le espera en la biblioteca. Por aquí, señor, tenga la bondad. Nos ocuparemos de su equipaje inmediatamente.

—Gracias, James —sonrió el joven.

—Me llamo Beaton, señor —corrigió el mayordomo.

Precediéndole, le guió hasta una biblioteca de enorme tamaño, que más parecía la de una universidad. Audrey le esperaba al pie, junto a la gran chimenea donde ardían un par de troncos tan grandes como un hombre.

—Gracias, Beaton —dijo la muchacha—. ¿Está preparada ya la habitación del señor Belián?

—Sí, señorita. Con su permiso…

El mayordomo les dejó solos. Audrey ensayó una sonrisa.

—Bien, ya está aquí —dijo—. ¿Cuál es su ánimo, señor Belián?

—Nunca me falla —contestó el joven—. Y menos, en estas circunstancias.

—Yo me siento más pesimista que nunca —confesó Audrey.

Belián divisó en un rincón una mesita con servicio de licores.

—Entonces vamos a levantarle el ánimo. Recuerdo que le gusta el Málaga…

—Sí, pero ahora preferiría algo más fuerte.

—Muy bien.

Belián preparó diestramente dos bebidas y entregó a la joven un vaso. La observó con discreción; Audrey vestía con sencillez, pero elegantemente. Belián alabó su bien gusto; ella no usaba pantalones, tan comunes en las mujeres. A él le agradaba más el traje clásico, aunque estuviese sujeto a las variaciones de la moda. Era preciso reconocer que Audrey tenía unas piernas muy bonitas.

—Mi padre vendrá mañana a pasar el fin de semana —dijo ella, después del primer sorbo.

—Sí —contestó Belián.

—¿Se ha formado ya algún plan de acción?

—De momento, observaré. La servidumbre, ¿es de confianza?

—Absoluta, señor Belián.

—Enhorabuena. ¿Sabe que la han estado vigilando?

Audrey se asombró.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió.

—Ayer, después de marcharse usted, vino un hombre y me ametralló.

—¡Cielos!

Ella le miraba con ojos de espanto.

—¿Y está… vivo?

Belián sonrió.

—No soy un robot —contestó—. El individuo vino diciendo ser mandadero de unos importantes almacenes. Cómo yo no había comprado nada, coloqué delante de mí un muro de vidrio blindado, que parte mi despacho en dos mitades. El muro paró la salva de balas.

—Me siento… aturdida —dijo ella—. ¿Por qué querían matarle?

—Bueno, supongo que hay alguien a quien no le interesa que yo asome la nariz por sitios prohibidos, eso es todo. Y, al mismo tiempo, usted, al conocer la noticia, podría tomarlo como una advertencia.

Audrey se retorció las manos.

—Señor Belián, temo lo peor para mi padre —declaró—. Si el que está ahora en la casa es un robot, ¿dónde está él?

Belián terminó pensativamente el contenido de su copa.

—En ese caso, lamento yo también ser pesimista —dijo—. Su

padre ha muerto, señorita Stills.

Audrey tuvo necesidad de sentarse en un sillón.

—Es horrible, horrible… —musitó afligidamente.

—Sea valiente —dijo Belián—. Encontraremos a su asesino…

—Pero ello no me devolverá a mi padre.

—Lo siento. No sé qué decirle. Yo me esforzaré por descubrir al asesino, es todo lo que puedo prometer. Únicamente le digo que cuando venga el robot que desempeña el papel de su padre, procure usted mostrarse con la normalidad de costumbre.

—Trataré de hacerlo, aunque me costará bastante.

—Lo hará, estoy seguro de ello —sonrió el detective—. Usted es una muchacha animosa y el robot no recelará nada.

Belián reflexionó un instante. Luego preguntó:

—¿Cuándo se dio cuenta usted de la sustitución, señorita Stills?

—Hace… cuatro, no, cinco días —respondió Audrey—. Fue el domingo por la noche, exactamente.

—Hoy es viernes —murmuró él—. ¿Por qué tardó tanto en venir a verme?

—Bueno, estuve unos días como aturdida, sin saber qué hacer ni a quién contarle mi problema. De pronto, me acordé de su nombre; hace algunos meses leí que usted había recobrado unas valiosas joyas y…

—Comprendo. Dígame, señorita Stills, y antes de ver a su padre, perdón, al robot, recargando sus baterías, ¿no había notado en él nada extraño?

—No, en absoluto; ni aún ahora se nota la diferencia. Su comportamiento es normal, por entero.

—Salvo que ha vendido las acciones de la fábrica de circuitos biomecánicos —murmuró Belián—. Pero allí no se construyen robots; sólo elementos para robots…

—Ninguno de los que yo conozco poseen la perfección del que suplanta a mi padre —aseguró ella.

—Si la ha engañado hasta ahora, no cabe la menor duda de que se trata de una fábrica supersecreta. ¿Dónde estará?

Hubo una pausa de silencio. Audrey parecía haberse recobrado un tanto.

—Para ser sustituido por un robot, su padre ha tenido que salir fuera de Londres, esto es indudable —dijo Belián al cabo de un rato

—. ¿Sabe usted si ha estado ausente y dónde?

Audrey trató de hacer memoria.

—Viajaba con mucha frecuencia, esto es comprensible —respondió—. Sus últimos viajes fueron a París, Zurich y… bueno, nunca había ido a esa aldea, pero no me extraña nada, porque solía viajar a los sitios más inesperados.

—¿Qué aldea? —preguntó Belián.

—Está por Escocia, no recuerdo exactamente su emplazamiento. Y se llama… se llama…

—Vamos —la animó el detective—, haga un esfuerzo vara recordar.

—¡Ya está! —exclamó Audrey de pronto—. Es Crankess.

Los ojos de Belián se dilataron.

—¡Crankess! —repitió, acordándose del trocito de papel hallado en la casa del teléfono misterioso.

Capítulo IV

La señora Wengy se cansó de esperar.

Ciertamente, recibía puntualmente la mayor parte del sueldo de su esposo, pero a Clara Wengy el dinero sólo no la satisfacía.

Era joven y bonita. Estar separada varias semanas de su esposo la hacía sentirse desgraciada y enojada.

Así, pues, un día dejó a los dos niños habidos en el matrimonio en la guardería infantil, alquiló una bicicleta y, resueltamente, pedaleó hacia Crankess.

El tiempo estaba tristón y amenaza lluvia. Clara no se amilanó y dio de firme a los pedales hasta que, una hora después, avistó en lontananza las primeras casas de la aldea.

Crankess estaba situada a unos quinientos metros del lago que llevaba su nombre. El lago estaba situado entre un óvalo de colinas redondeadas, cubiertas por una hierba de color grisverdoso y con escaso arbolado. Su extensión era de unos dos kilómetros y medio de largo por mil de ancho.

En cierto modo, el paisaje poseía un singular atractivo, pero a Clara, las bellezas del panorama la tenían en aquel momento sin cuidado.

No sentía aprensiones por la suerte de su esposo, ni mucho menos; pero conocía a Ross y sabía que era joven y tenía cierto partido con las mujeres. Los celos también tenían buena parte en su decisión.

Clara había estado muy pocas veces en Crankess. Nunca había oído hablar de Colphax Mansion, pero un vecino amable le indicó el camino y lo siguió puntualmente.

La ruta bordeaba el lago durante unos mil setecientos metros. Colphax Mansion se hallaba casi en la orilla opuesta.

Era un edificio de dos pisos, de regular tamaño y de estilo ya pasado de moda. Lo menos había sido construido doscientos años antes.

Estaba rodeado por una alta tapia, que circundaba un frondoso parque. En uno de los ángulos de la tapia, precisamente el opuesto al lago, Clara divisó una especie de almacén o garaje, con un gran portón que daba al exterior.

Clara se apeó frente a la verja de entrada. Vio una anilla y tiró de ella sin vacilar.

Momentos después, un hombre llegó junto a la reja.

—¿Qué desea, señora? —preguntó con fría cortesía.

—Me llamo Clara Wengy —respondió la joven—. Mi esposo está aquí trabajando. Por favor, dígale que quiero verle, aunque no sea más que unos minutos.

El hombre pareció sorprenderse. Luego dijo:

—Tenga la bondad de esperar aquí unos minutos, señora Wengy.

Clara aguardó, dominando su nerviosismo. Por fin, el hombre volvió y abrió la reja.

—Sígame, por favor —invitó.

Clara avanzó a través del sendero, después de haber dejado la bicicleta apoyada en un árbol. Instantes después, entraba en la casa.

—Oiga, ¿en qué trabaja mi marido? —preguntó—. Él no me ha dicho nada.

—Oh, Ross es un buen mecánico, ¿no? —contestó el hombre tranquilamente—. Espere aquí —dijo, abriendo una puerta.

Clara entró en un salón, amueblado corrientemente. Se sentó en una butaca y puso las manos sobre el regazo.

Pasaron varios minutos. Al fin, la puerta se abrió y la imagen de un hombre apareció ante sus ojos.

—¡Ross! —exclamó ella, poniéndose en pie de un salto—. ¡Gracias a Dios que he podido verte!

—¿A qué has venido? —preguntó Wengy malhumoradamente—. ¿Acaso te falta dinero? ¿No te mando trece libras todas las semanas?

Clara se puso en jarras.

—Oye, ¿es que te crees que para una mujer joven y no mal parecida el dinero lo es todo? Te viniste aquí hace cuatro o cinco semanas; no te has dignado ponerme siquiera una postal, ni una

mala llamada por teléfono… ¿Y los fines de semana, también te los pasas trabajando? Los niños preguntan incesantemente por ti…

—¡Basta! —cortó Wengy, impaciente—. Trabajo aquí y gano un buen sueldo; lo demás no es cosa tuya. Vuelve a casa y deja que siga ganando dinero. ¿Sabes?, además de las quince libras semanales, me pagan cuatro más por quedarme aquí los fines de semana. Esto durará un año o más. ¿Quieres que desaproveche esta oportunidad?

—Sí, pero… no venir a casa un día siquiera —hipó Clara, a punto de echarse a llorar—. Nos sentimos tan solos sin ti… Está bien, Ross; me volveré a casa, pero… ¿no me das un beso siquiera?

—Déjate de tonterías —contestó el hombre desabridamente—. No hace tanto tiempo que nos hemos separado y, además, éste no el lugar para efusiones.

—Pues en otras ocasiones, te sentías más… más animado y no te importaba el lugar, siempre que estuviésemos solos —dijo Clara mimosamente.

—Eso era… antes —rezongó Wengy—. Anda, Clara, vuelve a casa; tengo trabajo.

Tenaz, la mujer se le acercó y le echó los brazos al cuello.

—Ross —musitó—, un besito, uno tan sólo…

Y, poniéndose de puntillas, acercó sus labios a los de su esposo.

El contacto se produjo, pero fue brevísimo, de fracciones de segundo, suficiente, sin embargo, para que Clara notase una frialdad heladora en los labios de su marido.

Wengy la rechazó casi con brutalidad.

—¡Vete! —gritó—. ¡He dicho que te vayas! ¿Es que no me has oído?

Clara, aturdida, corrió hacia la puerta, con los ojos empañados por las lágrimas.

—Te detestó —gimió—. ¡Oh, cuánto te detesto!

Abandonó el salón casi cegada por el llanto, a trompicones. Tan fuera de sí iba, que estuvo a punto de tropezar con una hermosa mujer que se interpuso inopinadamente en su camino.

Un aura de penetrante perfume envolvía a la mujer, una bella morena, de tez blanquísima y ojos profundos, vestida con sofisticada elegancia y con todo el aire de ser la dueña de Colphax Mansion. Clara se disculpó como pudo y continuó su camino.

Mas tarde, mientras pedaleaba de regreso, se preguntó si aquella hermosa mujer tenía algo que ver con la decisión de su esposo. Recordando los indudables atractivos varoniles que Ross poseía, empezó a sospechar en un capricho de la dueña de Colphax Mansion… un capricho llamado Ross Wengy.

¿Podía ella hacer algo para contrarrestar la funesta influencia de aquella mujer sobre su marido?

* * *

Desde la biblioteca, donde se hallaba consultando uno de los volúmenes de la Enciclopedia Británica, Gil Belián oyó la bocina de un automóvil que llamaba la atención del guardián del parque.

Cerró el libro y lo volvió a su estante. Ya sabía cuanto era necesario de Crankess, así como su exacta ubicación en el mapa. De lo que averiguase durante aquel fin de semana en la residencia de los Stills, dependería su proyectado viaje a la aldea.

Si lo que averiguaba era satisfactorio, suspendería el viaje. En otro caso, se desplazaría a Crankess y procuraría enterarse de qué relación existía entre aquella población y la suplantación del padre de Audrey por un robot.

El automóvil se detuvo ante la casa. Belián lo vio desde detrás de uno de los altos ventanales de la biblioteca. El señor Stills se apeó y subió los peldaños de la escalinata con paso mesurado.

Su aspecto correspondía enteramente a la descripción que le había hecho Audrey: alto, fornido, de vientre ya prominente, pero sin exageraciones desagradablemente estéticas, y con unos ojos fríos y dominadores. El cabello era corto, fuerte y crespo, con abundancia de canas, sobre todo en las sienes.

Beaton, el mayordomo, salió a su encuentro. Habló con el dueño de la casa y éste le escuchó atentamente. Seguramente, pensó Belián, el mayordomo le informaba de la existencia de un individuo durante el fin de semana.

Belián no hizo el menor movimiento por entablar contacto con el dueño de la casa, ello no hubiera resultado discreto. Debía esperar a la ocasión oportuna.

Minutos después, Audrey entró en la biblioteca.

—Mi… el robot ha venido —dijo en voz baja—. ¿Lo ha visto

usted?

—En efecto. Imagino que Beaton le habrá informado de mi presencia.

—Desde luego. Ahora está en sus habitaciones. Oí que le decía a Beaton que le preparase el baño. Luego bajará al comedor y entonces le presentaré. Ah, si no le importa, entre usted y yo suprimiremos los tratamientos y usaremos los nombres propios.

—Es una idea acertada —convino Belián. De pronto, exclamó—: ¿Ha dicho que ordenó preparar el baño?

—Es lógico, ¿no? Si el robot ha de seguir en un todo las costumbres de mi padre, tiene que actuar como él lo hacía. Siempre que llegaba a esta casa los fines de semana, lo primero que hacía era pedir que le preparasen el baño.

Belián chasqueó los dedos.

—Pero un robot no necesita bañarse —dijo—. A lo sumo, se pasa una esponjita humedecida en alcohol por su piel de plástico.

—Bueno, simulará que se toma el baño…

—En tal caso, voy a comprobar si lo simula o lo toma de veras. ¿Necesitaba alguien a su lado mientras se bañaba?

—Oh, no, en absoluto; se quedaba solo siempre.

—Muy bien. Quédese aquí abajo; luego la informaré de lo que haya sucedido.

—De acuerdo.

Belián abandonó la biblioteca, no sin antes haberse informado de la ubicación exacta de las habitaciones de Stills. Ascendió por la escalera con paso normal, fingiendo dirigirse a la suya, pero, al llegar al corredor, eligió otra puerta.

Miró a su alrededor. Estaba solo.

Lentamente, hizo girar el pomo y empujó suavemente uno de los batientes de roble de la puerta. Asomó la cabeza y vio que se hallaba en un saloncito de recibo.

Cruzó el salón sin hacer ruido y se asomó al dormitorio, una vasta pieza decorada con muebles de cien años atrás. El silencio era absoluto.

De pronto, oyó unos sonidos extraños: un grifo abierto, dejando correr el agua, y un hombre tarareando una canción.

«Es lo que siempre se hace en el baño», pensó desconcertado.

¿Tan fielmente iba a representar el robot su papel de William T.

Stills?

Cruzó el dormitorio. El baño estaba entreabierto y empujó la puerta con aire de plena naturalidad.

—¡Oh, perdón! —se excusó ante el hombre que estaba sentado en la bañera, con un cepillo de mango largo en la mano derecha—. Me he equivocado de habitación. Discúlpeme, señor.

Stills le miró sonriente.

—Mi mayordomo me ha informado que mi hija tiene un invitado en este fin de semana —dijo—. Imagino que usted es el invitado.

—Gil Belián, señor —se presentó el joven—. Hablo con el señor Stills, presumo.

—En efecto, así es. Celebro mucho conocerle, señor Belián.

—Digo lo mismo, señor; y una vez más le suplico mil perdones. No estoy muy impuesto aún de la topografía de la casa y ello fue lo que motivó mi error.

—No se preocupe, joven; es algo que no tiene importancia. Nos veremos luego a la hora de la cena, supongo.

—Será un placer para mí, señor.

Belián hizo una inclinación de cabeza y se retiró, profundamente preocupado.

¿«Aquello» era un robot?

Sacó un cigarrillo y golpeó el cabo contra la pitillera, mientras descendía las escaleras lentamente.

Andrey se asomó a la puerta de la biblioteca y le hizo una señal con la mano. Belián asintió y continuó su descenso sin apresurarse.

Una vez en la biblioteca, se dirigió al aparador de los licores y llenó una copa, cuyo contenido contempló al trasluz.

—¿Y bien? —preguntó Audrey, devorada por la impaciencia.

Belián tomó un sorbo de licor. Luego se volvió hacia la muchacha y dijo:

—Audrey, he podido ver en el parque una piscina. ¿Se baña su padre en ella los meses de verano?

—En ocasiones, sí, como yo, aunque es normal que pasemos un mes en una playa en el extranjero. Pero el verano dura más y…

—Comprendo. Ello significa que usted ha visto a su padre en traje de baño muchas veces.

—Por supuesto, Gil.

—¿Cómo tiene el pecho? Dígamelo, Audrey.

—Es muy velludo, incluso en los omoplatos —respondió ella—, y tiene un tatuaje sobre el lado izquierdo, recuerdo de sus años de servicio en la Armada. El tatuaje tiene forma de…

—De un barco con corazones en lugar de velas —dijo Belián.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso el robot…?

—Audrey, empiezo a sospechar que nos precipitamos al creer muerto a su padre. Se puede construir un robot, imitando perfectamente a una persona en todo: el rostro, la voz, los ademanes, la memoria… incluso se pueden reproducir sus huellas dactilares en los dedos artificiales, pero ¿para qué copiar partes de su cuerpo que no han de estar al descubierto?

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Dios mío! ¡Entonces… es mi padre de veras! —exclamó.

—Eso creo yo —contestó el detective—. Pero, repito, no nos precipitemos; antes de sentar una afirmación de manera irrefutable, es preciso asegurar que no vamos a cometer un error.

—Y… ¿cómo piensa confirmarlo, Gil? —preguntó la joven.

—Esta noche lo intentaré —contestó Belián.

CAPÍTULO V

Cuando Belián se ponía en campaña, no descuidaba proveerse de los elementos que podían serle útiles en su labor. A media noche, cuando todo el mundo dormía, enfundado en un traje de malla negra, de una sola pieza, abandonó silenciosamente su dormitorio y salió al corredor.

La mansión estaba en silencio. Una sola lámpara alumbraba con tenue resplandor el vestíbulo y proyectaba sombras alargadas al primer piso.

Convertido en otra sombra, Belián caminó sin hacer el menor ruido hacia el dormitorio del dueño de la casa. Al llegar ante la puerta, se detuvo unos instantes a escuchar.

No se percibía el menor ruido sospechoso. Sólo se oía el tenue rumor de las hojas de los árboles del parque, agitadas sus ramas por un desapacible viento otoñal.

Belián hizo girar el pomo y pasó al otro lado. La estancia se hallaba a oscuras.

En torno a su cintura, llevaba un cinto con algunos instrumentos que calculó podría necesitar, convenientemente empaquetados. Sacó una diminuta linternilla, no mayor que su dedo meñique, y oprimió el interruptor.

Un delgado pero potente haz de rayos luminosos brotó al instante de la lámpara. Belián la enfocó hacia el suelo y avanzó hacia el dormitorio.

Estaba seguro de que Stills no se despertaría. Después de la cena y mientras tomaba el coñac, se había arreglado para propinarle un narcótico compuesto por un químico amigo suyo.

La droga tardaba una hora en hacer efectos y éstos duraban ocho en total. Stills dormiría apaciblemente durante toda la noche

y, cuando despertase, se encontraría en un estado de plena normalidad, ignorante de que su sueño se había debido a un narcótico.

Belián llegó al dormitorio y enfocó la linterna hacia la cama. El padre de Audrey dormía placenteramente, con un brazo fuera del embozo.

Se acercó a la cama. Dejó la lámpara sobre la mesilla de noche y asió con ambas manos los cabellos del durmiente.

Estuvo a punto de sacarlo del lecho. Stills no protestó ni se enteró siquiera, pero Belián se convenció de que los cabellos eran legítimos; no una peluca.

Aun así, no se fiaba en absoluto. Bajó un poco el embozo de la sábana y puso una mano sobre el pecho del durmiente.

El corazón latía regularmente. La piel poseía una calidez enteramente humana.

Aún hizo más pruebas. De una pequeña cartuchera que llevaba en el cinturón, sacó varias cosas: un diminuto pero afilado bisturí, un tubo con desinfectante y otro con una sustancia hemostática.

Remangó el brazo de Stills y desinfectó una zona del mismo. Luego arañó en la piel con el bisturí.

Salió la sangre en minúsculas gotitas. No, no se podía haber llevado la construcción del robot hasta tales extremos de perfección.

El hombre que yacía sobre el lecho era el auténtico Stills.

Convencido de ello, Belián recogió todos los trebejos y, con las mismas precauciones que a su llegada, abandonó las habitaciones, regresando a la suya.

Recogió cuidadosamente sus «herramientas», guardándolas en un compartimiento secreto de su maleta. Luego, con toda tranquilidad, se desvistió, encendió un cigarrillo y se tendió en el lecho.

Un cuarto de hora más tarde, dormía profundamente. Pero apenas treinta minutos más tarde, su propio sistema de alarma le despertó, haciéndole saber que había un intruso en el dormitorio.

Antes de acostarse, Belián había instalado al pie de la puerta y a ambos lados de la misma, un sistema de alarma basado en la célula fotoeléctrica. Eran dos aparatitos minúsculos, no mayores que un paquete de cigarrillos y que, durante la noche, podían pasar perfectamente inadvertidos.

Uno de ellos emitía los rayos invisibles para el ojo humano, que el otro recogía mientras estaban en funcionamiento. El segundo emitía, cuando los rayos eran cortados por la interposición de un cuerpo opaco, una imperceptible señal de radio, que se reflejaba en un auricular que Belián se había colocado en uno de sus oídos.

La alarma llegó hasta su cerebro, como una distante campana de iglesia de aldea. Belián despertó en el acto, pero no se movió de su sitio.

La estancia se hallaba a oscuras. Sin embargo, entraba un difuso resplandor a través de la ventana, cuyas cortinas se hallaban descorridas.

El intruso avanzó hacia el lecho. Belián pudo darse cuenta de que iba equipado de la misma forma que él lo había hecho poco antes: con una malla negra que envolvía su cuerpo de pies a cabeza. Incluso ésta se hallaba cubierta por un capuchón de tela muy ajustada al cráneo, de modo que sólo quedaba al descubierto el blanco óvalo de la cara.

La oscuridad, sin embargo, no permitía distinguir las facciones. Pero Belián alcanzó a ver en su mano derecha un objeto brillante.

El detective no estaba dispuesto a permitir que le apuñalasen. Dejó que el desconocido llegase hasta el borde del lecho y, en el momento, oportuno, alzó el brazo y asió con mano de hierro la muñeca armada.

Sonó una exclamación ahogada. Belián mantuvo la presión.

El otro le golpeó la cara con la mano libre. Belián movió la mano derecha y dirigió su filo contra el costado izquierdo de su adversario.

Algo cayó al suelo. El intruso jadeó y se quejó, echándose hacia atrás a consecuencia del golpe.

Belián saltó de la cama, con ánimo de terminar la labor. Su atacante, entonces, saltó y, una vez en el aire, disparó los dos pies a la vez, alcanzándole de lleno en el estómago.

El detective sintió que se quedaba sin respiración.

Vagamente se dio cuenta de que su asaltante se arrodillaba, buscando el puñal. Se arrojó sobre él, agarrándole por donde pudo.

Sonó un ruido de ropa desgarrada. Belián se quedó en la mano con la capucha de su adversario. La otra tocó una espesa mata de cabellos.

—Es… una mujer… —dijo, sorprendido.

El sexo no impedía que fuese robusta. El puño de la mujer se disparó y le alcanzó en plena mandíbula, derribándole sobre un sillón, que se volcó con notable estrépito.

Al oír el ruido, ella giró sobre sus talones y escapó a la carrera. Belián quedó aturdido durante unos momentos.

Cuando quiso reaccionar, era ya tarde. Con movimientos llenos de torpeza, se puso en pie.

Encendió la luz. Se pasó una mano por la barbilla, haciendo al mismo tiempo una mueca de dolor.

De pronto, divisó en el suelo un objeto brillante.

Se agachó a recogerlo, enormemente sorprendido. No era un puñal, sino una jeringuilla de inyecciones.

Por fortuna, había caído sobre la alfombra, quedando intacta. Belián oyó en aquel momento el distante rumor de un automóvil y comprendió que su atacante había conseguido escapar.

Buscó en su maleta un frasquito y puso en su interior el contenido de la jeringuilla. Su amigo el químico analizaría la droga y le diría cuáles eran sus efectos.

«Mortales, por supuesto», se dijo.

Algo más tranquilizado, se dispuso a reanudar el sueño interrumpido. Entonces vio algo que le había pasado por alto.

De no ser por un vivo destello que lanzaba una de sus piedras, el pendiente habría continuado debajo de la cama. Belián se agachó, tomó la joya entre las manos y la examinó con suma atención.

Era indudable que el pendiente, que se sujetaba a presión, se había desprendido de uno de los lóbulos de la mujer. Belián meneó la cabeza, sonriendo.

Preocupadamente, hizo saltar la joya en la mano. Valía un dineral. ¿Se presentaría su dueña a reclamarlo, basándose en una supuesta pérdida?

* * *

A la mañana siguiente, después del desayuno, salió a pasear por el parque en compañía de Audrey.

Lo primero que hizo fue enseñarle el pendiente.

—¿Es suyo? —preguntó.

Ella tomó la joya con dos dedos. Tras un atento examen, negó con la cabeza.

—No, nunca lo había visto hasta ahora —respondió al cabo—. ¿Dónde lo encontró?

Belián le explicó lo sucedido. Audrey mostró un gran asombro al conocer el ataque de que el detective había sido objeto.

—No comprendo cómo pudo burlar los sistemas de alarma —dijo la muchacha—. A menos que saltase la tapia sin tocarla… y mide cinco metros de altura…

—Empleó algún medio para eludir la detección —afirmó Belián—. Sin embargo, no calculó que yo podría tener mi propio sistema de alarma. Después del intento de ametrallamiento, no puedo permitirme el lujo de continuar desprevenido.

—¿Y qué hará ahora? ¿Buscará a la mujer?

—No tengo ninguna pista —contestó él—. Ni siquiera pude verle la cara…

—Yo puedo facilitarle una —declaró Audrey—. Estoy segura de que este pendiente ha sido elaborado en los talleres de
«Bramstone & Sons»,
una de las joyerías más importantes de Londres. ¿Por qué no va allí y se informa?

—Así lo haré —prometió el detective—. Si los pendientes fueron hechos en ésa joyería, no dejarán de recordar a quién se los vendieron.

—Estoy segura de ello, Gil. Y ahora, dígame, ¿ha averiguado algo más?

Belián se detuvo un instante.

Los dos se hallaban frente a la verja, a través de la cual podía verse un extenso panorama. A unos trescientos metros, sobre una colina, divisó la silueta de un camión de pequeño tamaño.

—Pues… sí —respondió—. He averiguado algo, Audrey; lo suficiente como para dar el caso por concluido y pasarle la nota de mis honorarios.

—¿Cómo? —Respingó ella—. ¿Abandona ya?

—En efecto. Su padre es su padre. Anoche lo comprobé sin el menor género de dudas.

—Pero…

—No usa peluca; su cabello es enteramente natural. El corazón

le latía con entera normalidad y cuando le hice una ligera incisión en el brazo, salió sangre. ¿Quiere más pruebas?

—De todas formas —dijo—, quisiera que averiguase por qué un robot tomó su puesto durante algunas semanas.

—Es bien sencillo —explicó Belián—. Su padre no hubiera vendido la fábrica de circuitos biomecánicos. Por lo tanto, había que buscar un medio para conseguir el éxito en la operación. Usted sabe cuál fue.

—Si —respondió ella pensativamente—. Pero usted puede continuar…

—Lo siento. Su padre ha vuelto, que es para usted lo importante. En cuanto al hecho de que haya realizado una operación mercantil desafortunada, es algo en lo que yo no puedo ni debo intervenir. Compréndalo, Audrey.

—Entonces, ¿se despide?

Belián volvió a lanzar una mirada de reojo a través de la verja.

—Con gran pena, por tener que abandonar este grato lugar, del que he gozado una hospitalidad incomparable —respondió—. En cuanto a la nota de mis honorarios, se la enviaré por correo.

—Le serán abonados puntualmente —prometió la joven.

CAPÍTULO VI

El lunes, por la mañana, a primera hora, Belián se presentó en la joyería de
«Bramstone & Sons»,
situada no lejos del New Piccadilly.

El local derramaba lujo por los cuatro costados, no obstante su aparente sencillez. Escaparates diminutos, terciopelos negros, pocas pero magníficas joyas, vidrios a prueba de bala y fuego y, supuso el detective, un completísimo sistema de alarma.

Un atildado dependiente le atendió, apenas hubo cruzado el umbral. Belián le hizo saber sus deseos de hablar con el gerente.

Momentos después, se hallaba en el despacho del mayor de los hijos de Bramstone, que era quien regía el negocio. Bramstone le invitó a sentarse, le ofreció de fumar y luego inquirió en qué podía servir a un detective de tanta fama como era el que le visitaba.

Belián contestó con palabras de virtuosa modestia, alabó luego la instalación de la joyería y, finalmente, entró en materia.

—Me encontré este pendiente —dijo, sacándolo del bolsillo del chaleco—. Opino que es una joya valiosa y, aunque no interesa el lugar donde lo hallé, quisiera devolverlo a su dueña. Ciertamente, ignoro su nombre y demás circunstancias y estimaría mucho de usted me dijera si fue hecho aquí o en otra parte.

Bramstone tomó la joya, se puso delante del ojo derecho una potente lupa ya la examinó con suma atención durante algunos minutos.

—En efecto —contestó—, la pareja de pendientes fue construida en nuestros talleres. La marca microscópica que lleva en el engarce así lo indica.

—¿Y la dueña? —preguntó Belián, disimulando su avidez.

—No puedo recordar en este momento a quién se vendió la pareja de pendientes; comprenda que tenemos varios empleados en los mostradores. Sin embargo…

Bramstone tocó una tecla y dio una orden:

—Higgins, el registro de pendientes, por favor.

—Al momento, señor Bramstone.

Un minuto después, entró un empleado con un pesado libraco en las manos. Bramstone lo abrió por la primera hoja y empezó a pasar páginas.

Belián aguardaba expectante, en silencio. De pronto, el joyero dijo:

—Ah, aquí está. Fueron vendidos hace un año a la señora Josephine Kibric, residente en Colphax Mansion, Crankess, Escocia. Supongo —añadió Bramstone sonriendo—, que sus deseos no alcanzarán a conocer el importe de la joya.

Devolvió el libro al empleado, el cual se retiró en silencio. Con una sonrisa de complacencia, Belián contestó:

—Me conformo con los datos suministrados, señor Bramstone. Quiero que sepa que le estoy sumamente agradecido por la información y… el día en que piense casarme, cuénteme como seguro cliente para la adquisición del anillo de compromiso.

—«Bramstone & Sons» se sentirá muy honrada de tenerle como cliente y nos esforzaremos para que su futura quede satisfecha de nuestros artesanos —declaró el joyero con no menor cortesía.

Belián abandonó el establecimiento muy satisfecho por el éxito de su gestión. Ahora ya conocía el nombre y la dirección de la mujer que había intentado atacarle.

Una cosa había fuera de duda. Sus pasos estaban siendo vigilados.

De otro modo, se dijo, no habría sufrido aquel ataque en la residencia de los Stills. ¿Había algún traidor entre la servidumbre, pese a las manifestaciones en contra de Audrey?

Caminó lentamente a lo largo de la acera. Encontró un puesto de periódicos y adquirió uno, que dobló y puso bajo el brazo.

Poco después, entró en una cafetería, buscó una mesa adecuada y se sentó. Encargó una taza de café y desplegó el diario.

Oculto tras sus páginas, contempló la entrada de un sujeto de aspecto inofensivo, que se sentó en una mesa cercana. Belián se fijó

en las características del sujeto, por si era necesario vigilarle más tarde.

Sorbió el café lentamente, fingiendo leer el periódico. El otro tipo leía una revista de deportes.

De pronto, la vista del joven recayó en una noticia de aparente intrascendencia. Frunció el ceño. ¿Por qué bajaban tanto las acciones de la «Boreas Electronic»?, se preguntó.

La información daba algunos detalles complementarios. Merced a ello Belián pudo enterarse de que la B. E. fabricaba unos complicados aparatos de control, muy solicitados en el mundo por su perfección y magnífico rendimiento, pero, sobre todo, por su tamaño reducidísimo, lo que no les impedía ser los más eficaces en su género.

El detective se quedó muy preocupado al leer aquella información. En parte, tenía todos los aspectos de la operación que había costado a Stills su fábrica de circuitos biomecánicos.

Durante largo rato, permaneció pensativo. Estuvo a punto de utilizar el teléfono de la cafetería, pero abandonó la idea. No quería que nadie escuchase su conversación.

En su apartamiento poseía aparatos interferidores, que no permitían que nadie, sino él y su interlocutor, se escuchasen mutuamente. Para la llamada que pensaba hacer, le convenía la más absoluta seguridad.

Dejó una moneda sobre el mostrador, plegó el periódico y se puso en pie. Un momento después, se hallaba de nuevo en la calle.

El espía le siguió puntualmente. Belián sonrió.

Aceleró ligeramente el paso. Su «sombra» le imitó.

—Ahora vas a ver lo que es bueno —se dijo para sus adentros.

Repentinamente, se dio una palmada en la frente, simulando haberse olvidado de alguna cosa. Giró en redondo y emprendió el camino a la inversa.

El espía se desconcertó. Dio un cuarto de vuelta y se acercó a un escaparate.

Al pasar por su lado, Belián fingió tropezar y se agarró con ambas manos al cuello del hombre.

—¡Oh, dispense! —se excusó—. Tropecé y…

—No tiene importancia —contestó el individuo amablemente.

Luego se llevó la mano al cuello y se lo rascó, con los mismos

ademanes que habría hecho si le hubiese picado un mosquito.

Belián continuó andando. Su «sombra» le seguía a prudente distancia.

De pronto, el hombre se venció hacia adelante y cayó al suelo. Sonó un grito de mujer.

La gente se arremolinó en torno al caído. Belián oyó los gritos, pero no volvió la cabeza siquiera.

Ahora estaba seguro. El espía dormiría un buen rato. Vendría una ambulancia, se lo llevarían a un hospital… y los médicos tendrían trabajo para averiguar qué le había sucedido.

Tranquilo al respecto, Belián agitó una mano, llamó a un taxi y le dió la dirección de su domicilio.

* * *

Tras asegurarse de que los aparatos interferidores funcionaban, Belián se sentó ante su mesa y marcó un número. Instantes después, tenía ante sus ojos la imagen de Audrey Stills.

—¡Gil! —exclamó la muchacha—. Yo creía que…

—No empiece a hacer suposiciones —atajó él—. Contra lo que usted cree, no he abandonado su caso.

—¿Cómo? —se sorprendió ella—. ¿Qué quiere decir?

—Se lo explicaré dentro de unos momentos. ¿Ha leído los diarios de la mañana?

—Por encima —contestó Audrey—. ¿Traen alguna noticia interesante?

—Puede que sí. Las acciones de la «Boreas Electronic» están bajando vertiginosamente. ¿No le recuerda eso algo conocido?

Audrey se mordió los labios.

—Lo mismo pasó con la fábrica de mi padre —dijo.

—Y la B. E. fabrica unos aparatos de los cuales posee la patente exclusiva para todo el mundo, diminutos, pero más eficaces aún que otros similares y de tamaño mucho mayor. ¿Empieza a comprender?

—En parte solamente, Gil. ¿Qué más tiene que decirme?

—Una cosa, Audrey. ¿A quién conoce usted, vinculado de la manera más directa posible con la B. E.? Imagino que dado que ambas empresas trabajan en ramas similares, usted puede tener algún conocimiento…

—¡Ya lo creo! —exclamó Audrey—. Precisamente, y aunque ella es bastante mayor que yo, soy muy amiga de Mildred Boreas, la esposa del principal accionista de la empresa.

—Una buena noticia —dijo Belián—. ¿Podría usted solicitar una entrevista a la señora Boreas en mi nombre?

—Lo haré con mucho gusto. ¿Cuándo, Gil?

—Lo más pronto posible. ¿Me llamara cuando lo haya conseguido?

—Desde luego. Ahora, por favor, dígame, ¿por qué ayer simuló que abandonaba el caso? Nadie nos escuchaba…

—No se ofenda, pero usted es muy ingenua —sonrió Belián—. Mientras paseábamos por el parque, en efecto, no nos escuchó nadie. Pero hubo un momento en que ambos quedamos frente a la verja. ¿Lo recuerda?

—Sí, perfectamente.

—Bien, la tapia impedía la recepción directa de los sonidos de nuestras voces, lo que no sucedía cuando nos encontrábamos frente a la verja, en donde hay un espacio libre.

—Pero ¿quién nos escuchaba? Yo no vi a nadie, Gil.

—Hay una colina a unos trescientos metros, situada directamente enfrente de la verja. Sobre la colina divisé una camioneta parada. Estoy seguro de que en ese vehículo había unos potentes detectores de sonido, capaces de captar el vuelo de una mosca a dos mil metros. Naturalmente, dentro de la furgoneta había alguien escuchando y grabando todo cuanto decíamos.

—Entonces, les ha despistado —dijo Audrey, muy aliviada.

—Sólo hasta cierto punto, porque esta mañana, cuando estuve en «Bramstone & Sons», me siguió un tipo, del cual pude por fin deshacerme. Pero ahora, los… quienes sean, saben que estuve en la joyería indagando acerca de la propietaria de los pendientes.

—¿Averiguó su nombre?

—Sí, se llama Josephine Kibric y vive en Crankess.

Audrey observó unos momentos de silencio.

—En Crankess —repitió, al cabo.

—Sí, y debe usted recordar que esa aldea está a menos de cien kilómetros de su residencia de campo.

—Entonces, ¿opina que Josephine Kibric se desplazó desde Crankess para atacarle?

—No le debió de costar demasiado. Primero, se cercioró de que pasaba el fin de semana en su casa. Luego, al día siguiente, inició el asalto, por fortuna rechazado sin consecuencias para mí.

—Comprendo. Pero ¿cómo anuló las alarmas, Gil?

—Es muy posible que se sirviese de los aparatos que hay instalados en la camioneta. No olvide que nos hallamos ante un caso donde la electrónica juega un papel primordial.

—Comprendo. Gil, nunca había oído hasta ahora el nombre de Josephine Kibric.

—Bueno, ya averiguaremos quién es —dijo él tranquilamente.

—Gil, ahora mismo llamaré a Mildred Boreas. Le llamaré enseguida…

—Hágalo después, a media tarde —aconsejó el detective—. Yo tengo que ir ahora a ver a, un amigo químico de profesión. Quiero saber qué clase de droga quisieron aplicarme anoche.

—Entendido. Hasta luego, Gil.

—Hasta luego, Audrey.

Belián cortó la comunicación. Encendió un cigarrillo y se dispuso a salir.

Abrió la puerta. Entonces se encontró de frente con un individuo que le pasaba la cabeza y aparentaba pesar una tonelada.

—¿Señor Belián? —preguntó el gigante.

—Yo mismo. ¿En qué puedo servirle…?

La manaza del gigante se apoyó sobre su pecho, empujándole hacia atrás con fuerza irresistible.

—Lo siento —dijo—, pero me han encargado que lo borre del mundo de los vivos.

CAPÍTULO VII

Belián contempló especulativamente a su adversario.

Era enorme, hercúleo, prácticamente imposible de vencer con el solo empleo de la fuerza física. Belián ni siquiera podía emplear el narcótico que llevaba adherido a una de sus uñas; lo había consumido con el espía y, aunque pudiera hacerlo, la droga tardaría al menos un minuto en causar sus efectos en aquel gigantesco corpachón.

Durante aquel minuto, el gigante podía destrozarle con sus manos con toda facilidad.

—Bien —dijo, tratando de rehacerse de la impresión sufrida—, venga a por mí, valentón. ¿O puedo llamarle robot? —preguntó cortésmente.

—Yo soy un hombre, no una máquina —contestó el gigante lleno de orgullo.

—Ah, menos mal. Empezaba a pensar que era un animal…

—Está bien, basta de charla —cortó el hércules.

Y, de repente, alargando sus manazas, asió a Belián por el cuello y le hizo dar media vuelta.

Luego, con toda facilidad, lo hizo por encima de la cabeza. Belián se sentía como un niño en manos de aquel gigantesco individuo.

—El mejor procedimiento es la ventana —dijo el hércules—. De aquí a la calle hay catorce pisos y todo el mundo creerá en un suicidio, motivado por una depresión nerviosa. ¡Adiós, fisgón!

El cuerpo del detective salió catapultado por los aires. Durante su cortísima trayectoria, Belián encogió los brazos, protegiéndose el rostro, y también hizo lo mismo con las piernas.

Así aminoró la mayor parte de la potencia del impacto. Chocó

contra el vidrio, rebotó al suelo, dio un par de volteretas, y ágilmente, aunque aturdido, se puso en pie de un salto.

El gigante abrió la boca de par en par.

—¡Rayos! —exclamó.

Belián sonrió amablemente.

—El cristal es blindado, a prueba de cañonazos —explicó—. Una vez quisieron eliminarme, empleando nada menos que un proyectil antitanque y, desde entonces, he tomado mis precauciones.

El hércules se rehízo de la sorpresa.

—Bueno, lo haremos de otra forma —dijo.

Y avanzó hacia el joven.

Belián miró de reojo hacia su mesa.

El despacho era muy amplio. Estaba en el extremo opuesto y no tendría tiempo de hacer bajar el muro transparente. Su atacante le interceptaría antes de que pudiera llegar hasta la mesa.

Retrocedió a medida que el otro avanzaba. De repente, el gigante se tiró hacia él.

Belián hizo un hábil regate y su adversario pasó por su lado, estrellándose contra la pared. El joven intentó un golpe de filo contra su nuca, pero apenas resultó más que una caricia.

El gigante se revolvió velozmente y le golpeó con el brazo derecho extendido. Belián voló hasta un sillón próximo, que derribó, saltando al otro lado con los pies por alto.

Sus ojos se enturbiaron por las lágrimas. A través de una niebla espesa, vio acercársele a su adversario.

Hizo un esfuerzo. Distendió los pies y lanzó el sillón hacia adelante.

El gigante se enredó con el pequeño mueble y cayó de bruces. Belián aprovechó la ocasión y se puso en pie de un salto.

Corrió hacia la mesa. El gigante, incorporándose con más agilidad de la que podía sospecharse en un sujeto de su volumen, se incorporó también y corrió tras el joven.

Belián empleó de nuevo el mismo truco. Tras una finta, que engañó al hércules, lanzó otro sillón a los pies, haciéndole caer de bruces.

Ya había alcanzado la mesa. Estiró el brazo y presionó un botón.

El muro transparente bajó con rapidez. El gigante se incorporaba en aquellos momentos.

Se oyó un golpe sordo. Luego, un alarido espeluznante, cortado en seco por un chasquido estremecedor.

Belián se volvió. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

El muro, al descender, había golpeado primero la cabeza del gigante, lanzándole de nuevo al suelo. Luego lo había atrapado por el cuello, rompiéndoselo en un instante.

Belián presionó el mando inverso. El muro de vidrio ascendió. Cuando se inclinó sobre su adversario, Belián se dio cuenta de que había muerto instantáneamente.

El muro tenía más de diez centímetros de grosor. De haber sido más delgado, habría segado aquella garganta limpiamente.

Belián sacó un pañuelo y se secó el sudor que cubría su rostro. Luego buscó una botella. Necesitaba un buen trago.

Una vez se hubo repuesto un tanto, se acercó al visófono y marcó un número. Su amigo, el inspector de Scotland Yard, debía tener conocimiento de lo sucedido.

* * *

Audrey le llamó a las seis de la tarde.

—He hablado con Mildred Bóreas —informó—. Está de acuerdo en recibirle, Gil. Mañana a las once; hoy tiene un compromiso y le es absolutamente imposible. Ella tiene muchas relaciones sociales, ¿comprende?

—Desde luego. Audrey, supongo que no le habrá anticipado nada acerca del caso.

—Claro que no. Por el momento, sólo son suposiciones con respecto a ella y a su esposo.

—Ha hecho bien —aprobó Belián—. Gracias por todo, Audrey.

—A propósito —inquirió la joven—, ¿qué sabe de la droga?

—Mortal a los dos minutos.

Audrey palideció.

—¡Quieren matarle! —dijo.

—Seguro. Hoy volvieron a intentarlo.

—¿Qué me dice, Gil?

—Lo que oye. Sin embargo…

Belián relató puntualmente a la muchacha todo lo ocurrido. Audrey se estremeció.

—Esa gente no tiene entrañas —dijo, cuando él hubo terminado su relato.

—Tratándose de robots, es lógico —sonrió el detective.

—No sé cómo puede tener humor en estas circunstancias —se quejó Audrey—. Pero ¿por qué tienen tanto interés en su muerte?

—Bien, modestia aparte, opino que represento para ellos, quienesquiera que sean, un considerable peligro, que puede frustrar sus planes.

—Entiendo —dijo Audrey—. Gil, sólo me resta desearle mucha suerte.

—La necesitaré —contestó él llanamente.

Al día siguiente, a las once en punto de la mañana, llamaba al timbre de la puerta de la lujosa residencia que los Boreas poseían no lejos de Marble Arch.

Un encopetado mayordomo salió a recibirle. Belián le entregó su tarjeta, añadiendo que estaba citado con la dueña de la casa.

El mayordomo le condujo hasta un saloncito de recibo, en el que le dejó. Belián se entretuvo en contemplar las escenas de un cuadro de tema campestre, firmado por Watteau, hasta que oyó sonar una puerta a sus espaldas.

—¿Señor Belián? —dijo Mildred Boreas.

—El mismo, señora —contestó el visitante—. Una amiga común me hizo el favor de interceder acerca de usted y debo expresarle mi reconocimiento por haber accedido a recibirme, señora Boreas.

Ella sonrió ligeramente, a la vez que le indicaba un asiento. Era una mujer muy fina y distinguida, de serena y madura belleza, realzada por una sencilla pero elegante indumentaria.

—Por favor, siéntese —invitó—. Y dígame en qué puedo servirle, señor Belián.

El detective titubeó unos momentos.

—El tema de que voy a tratar es sumamente delicado —dijo al cabo—. Tanto, que no sé siquiera cómo empezar; me siento temeroso de ofenderla y es lo último que querría hacer en este mundo, señora.

Mildred sonrió.

—No creo que Audrey Stills me haya recomendado a una persona desagradable —contestó—. Hable, por favor, se lo ruego.

—Bien, por ahora le diré que el tema debe ser confidencial entre

ambos… y también la señorita Stills, a quien le ha pasado un caso similar en los últimos días. Se trata de su esposo, señora Boreas.

—Audrey me informó de su profesión, señor Belián. Por otra parte, he oído hablar algo de usted. ¿Debo entender que alguien le encargó obtener informes acerca de mi esposo? Si es así, habré de anticiparte una respuesta negativa.

—Más que informes, busco su colaboración —expresó Belián—. El caso es mucho más grave de lo que parece y, por supuesto, no se trata de un vulgar asunto de infidelidad conyugal.

—¿Entonces…?

Belián se dijo que ya era hora de dejar los preámbulos a un lado y se lanzó a fondo.

—Señora, ¿hasta qué punto llegan sus conocimientos acerca de los negocios de su esposo?

Mildred arqueó las cejas.

—No entiendo en absoluto —respondió—. Ciertamente, mi marido, a veces, comenta algunos detalles relativos a sus negocios, pero no es tema que discutamos con frecuencia.

—Sencillamente, usted no se ocupa de los negocios de su marido.

—No soy competente en ello —sonrió Mildred.

—Pero, sabrá, por ejemplo, que es el accionista mayoritario de la «Electronic Boreas».

—No podría dejar de ignorarlo, señor Belián.

—En tal caso, ¿sabe que su esposo ha puesto a la venta su paquete de acciones y que éstas han bajado vertiginosamente?

—No leo la página financiera de los periódicos —contestó ella.

—Lo cual significa que su esposo no le ha comunicado nada acerca de esa venta, que significa el pase de la empresa a otras manos.

—Cuando Benjamín… mi marido, lo ha hecho, sus razones tendrá, ¿no cree?

—En efecto, pero lo que interesaría saber ahora es si tomó la decisión de vender por sí, voluntariamente, o lo hizo forzado por alguien que se impuso a sus deseos.

Mildred se enderezó en su sillón.

—¿Qué quiere usted decir, señor Belián? —preguntó casi enojada.

—Le ruego tenga calma, señora —pidió el detective—. Por favor, dígame, en las últimas semanas, ¿ha notado usted algo extraño en el comportamiento de su esposo?

—No, en absoluto. Su forma de proceder ha sido la normal, salvo que…

Mildred calló repentinamente, a la vez que sus mejillas se coloreaban fuertemente.

—¿Salvo qué, señora? —preguntó el detective.

—Es un tema muy íntimo —contestó ella, muy sofocada.

—Hable sin temor, señora. Cualquier cosa que me diga será considerada como absolutamente confidencial, se lo aseguro.

El pecho de la mujer se agitó fuertemente.

—Es… bien, hace… hace ya algunas semanas que ocupamos habitaciones distintas —contestó, roja como una guinda.

—Entiendo —dijo él—. Y usted no sabe a qué achacar ese… desvío.

—Bueno, Benjamín me dijo que su trabajo… No sé cómo explicárselo, señor Belián.

—La comprendo perfectamente, señora. Pero, dígame, ¿a partir de qué fecha empezó su esposo a ocupar otra habitación?

—No lo recuerdo exactamente. Hará unas cuatro o cinco semanas…

—¿Hizo algún viaje fuera de Londres, pero no de Inglaterra?

—Sí —contestó al cabo—. Dijo que iba a Crankess, una pequeña aldea escocesa… ¡Señor Belián! —exclamó Mildred de pronto—. Hábleme claro, por favor; sus preguntas me están asustando enormemente. ¿Le ocurre algo malo a mi esposo?

—¿Está él ahora en Londres?

—No. ¡Por cierto, dijo que volvía de nuevo a Crankess!

—¿Cuándo se marchó?

—Ayer mismo. Me prometió volver mañana o pasado. ¿Le sucede algo malo? —insistió ella.

Belián movió la cabeza.

—En todo caso, le ha sucedido ya —respondió—. Pero no tema; cuando regrese, será el esposo cariñoso y apasionado que usted conoció siempre.

Mildred le miró con ojos atónitos.

—Le aseguro que no le entiendo en absoluto —manifestó—.

¿Cómo puede saber que cuando vuelva, Benjamín…?

Belián se puso en pie. Ya había averiguado cuanto quería saber.

—Señora, debe conocer la verdad, pero, una vez más, le ruego guarde el más estricto secreto —dijo—. Durante estas últimas semanas, ha estado usted viviendo en compañía de un robot, que había tomado el aspecto de su marido.

Mildred dejó escapar un gemido de horror.

—¡No! ¡Imposible! ¡Dios mío, sería espantoso…!

—Si no me cree, hable con Audrey Stills. A ella le ocurrió exactamente igual. Durante unas semanas, el lugar de su padre fue ocupado por un robot.

Mildred se tapó la cara con las manos.

—Horrible, horrible… —murmuró.

—Señora —dijo Belián—, voy a formularle mi última petición. Si no quiere acceder a ella se la formularé a través de la señorita Stills. Por favor, cuando regrese su esposo, no le diga que conoce la verdad de su suplantación temporal. ¿Me promete que callará?

Mildred asintió débilmente.

—Callaré, se lo prometo —contestó.

CAPÍTULO VIII

Audrey se mostró muy preocupada al conocer el resultado de la entrevista del detective con su amiga Mildred.

—Así que Benjamín Boreas fue a Crankess, volvió convertido en un robot… y ahora está allí de nuevo, recobrando su aspecto habitual —dijo, cuando el detective hubo finalizado su informe.

—En efecto, así es —contestó Belián.

—Empiezo a comprender parte del caso —dijo Audrey—. La conversión en robot… mejor dicho, la suplantación, tiene como único objeto hacerse con el control de esas compañías, cosa que, de otro modo, no habrían conseguido.

—Exactamente —convino el detective.

—Pero ¿para qué quieren hacerse los dueños de esas empresas?

—Indudablemente, la fabricación de robots tiene algo que ver con ello —dijo Belián.

—Sí, eso creo yo también. Pero ¿cómo consiguieron que mi padre y el señor Boreas se desplazasen hasta Crankess?

—Opino que debieron suministrarles una droga hipnótica que anuló parcialmente su personalidad.

—¿Cómo? ¿Sólo parcialmente?

—Así debió de ocurrir. Su padre se comportó normalmente, salvo en el hecho de viajar a Crankess, obedeciendo las órdenes de esos desconocidos de cuya banda sabemos forma parte Josephine Kibric. En todo lo demás, su actuación fue enteramente normal.

—Y… ¿qué hay en Crankess, Gil?

—Imagino que una especie de laboratorio donde su padre fue retenido, tras haber sido «copiado» y reproducido en un robot que actuó con entera y asombrosa fidelidad.

—¡Y tanto! —exclamó Audrey—. Como que, de no haberlo visto

yo misma recargando sus baterías, no me habría dado cuenta de la suplantación.

—Es más —añadió Belián—, de algún modo que ignoro, debieron penetrar en su subconsciente y «extraerle» la memoria, que luego traspasaron al cerebro del robot, a fin de que no cometiera fallos durante su período de actuación como William T. Stills.

—Así tuvo que ocurrir —concordó la muchacha—. Pero ello indica unos conocimientos científicos asombrosos.

—Y una falta de escrúpulos aún más asombrosa.

Audrey le miró fijamente.

—Gil, ¿qué haremos ahora? —preguntó.

—En realidad, no veo que se pueda hacer nada —contestó el detective—. Se trata de dos operaciones comerciales, desafortunadas desde un punto de vista, pero legales por completo. Y, ¿qué pruebas podríamos presentar de la suplantación?

—Ninguna, en efecto —admitió Audrey tristemente.

—El único que podría quejarse, soy yo, a causa de los atentados de que he sido objeto. Pero eso son gajes del oficio.

—Entonces, ¿hemos de dejar correr las cosas y abandonar el asunto?

Belián reflexionó unos momentos.

—De momento, sólo podemos hacer una cosa —dijo al cabo.

—¿Qué es, Gil?

—Esperar a ver quién o quiénes son los nuevos dueños de esas empresas. Entonces, trataríamos de idear algún medio para recobrarlas.

—¿Por qué no investiga la personalidad de los compradores de las acciones? —sugirió ella.

—No daría resultado, Audrey.

—¿Por qué?

—Esa compra habrá sido hecha por mediación de un agente, el cual, como es lógico, se negará a revelar la identidad de sus clientes.

—Pero un mandamiento judicial podría obligarles…

—Basado, ¿en qué, Audrey? ¿No hemos quedado en que no existen pruebas de las suplantaciones? ¿Cómo demostrar que no fue su padre el que vendió, sino un robot?

Ella asintió melancólicamente.

—Sí, tiene usted razón —concordó—. Pero lo extraño es que no haya hecho el menor comentario al respecto. Yo no le he oído quejarse de su fracaso en vender esas acciones… y más de una vez, cuando algún negocio le iba mal, lo comentaba conmigo.

—Estoy seguro de que en el tratamiento hipnótico a que fue sometido hay una orden que le impide recordar ese pasaje de su existencia —afirmó el detective—. Y, si quiere un buen consejo, no se esfuerce, por ahora, en recordárselo. Tal vez un día encuentre yo el medio de recobrar las acciones malvendidas y devolver la fábrica a su padre.

Pero, en su fuero interno, Belián no estaba muy seguro de conseguir lo que prometía.

La entrevista había tenido lugar en la residencia que los Stills poseían en Londres. Belián regresó a su domicilio y entonces se encontró con la sorpresa de que tenía una visita.

Era una hermosa mujer, de cabellos oscuros, cuidadosamente peinados, ojos negros y rostro ovalado, con pómulos ligeramente salientes. Su tez era muy blanca y, salvo un toque de color en los párpados y labios, no parecía llevar otro maquillaje encima.

Belián calculó su edad en unos peligrosos veintiocho o treinta años. El vestido era tan audaz como original: el escote cubría apenas los senos, dejando la espalda enteramente al aire. A partir de la cintura, se transformaba en unos pantalones sumamente ajustados a sus esbeltas piernas, calzadas con unos zapatos de elevado tacón.

El contraste era evidente y agradable: piel blanca y ropa negra. Sólo los labios, rojos, como un trazo sangriento, ponían una nota de color en el aspecto general de la mujer. Sobre una silla, Belián divisó un gran chaquetón de armiño.

Ella se levantó al verle entrar y sonrió.

—Supongo que se extrañará de hallarme en su casa, señor Belián —dijo con voz suave y cálida.

—Me extraña más que haya conseguido abrir la puerta sin llave —contestó él—. Suele ser una empresa corrientemente difícil.

—No para todos —dijo la mujer, sin dejar de sonreír—. ¿Le importa que hablemos, detective?

Belián sonrió también.

—Estoy seguro de que ha venido a buscar su pendiente, señora Kibric. ¿O es señorita?

Ella se sorprendió un instante.

—¿Cómo ha adivinado mi identidad? —exclamó.

—Intuición —contestó él. Y añadió—: Una cualidad no exclusivamente femenina, señora Kibric. ¿Puedo invitarla a beber?

—Jerez, por favor —aceptó ella.

Belián llenó dos copas y le ofreció una. Josephine le miró por encima del borde de la suya.

—Aparte del pendiente, ¿no se imagina cuál es el motivo de mi visita, detective?

Belián la contempló un instante. Era muy esbelta, sinuosamente esbelta, y plenamente convencida de la sugestión que sus encantos provocaban en los hombres. De cuando en cuando, realizaba una fuerte inspiración, a fin de hacer resaltar las turgencias del busto.

—Hay momentos en los que carezco de imaginación —contestó al fin.

—Entonces, se lo diré claramente —habló ella, tras un sorbo de vino—. Usted es un enemigo peligroso para nosotros.

—Sí.

—No nos vayamos por las ramas. Hemos intentado suprimirle, yo misma, en persona, pero hemos fracasado.

—La evidencia no se puede negar, señora Kibric —sonrió Belián.

—Llámeme Jo, simplemente —pidió ella—. Cuando uno no se puede deshacer de un enemigo, ¿cuál es el procedimiento a seguir para eliminarle?

—Jo, explíquemelo, ¿quiere?

—Con mucho gusto. Hay un proverbio oriental que dice: «Atrae a tu enemigo a tus filas, si resulta muy fuerte para ti». ¿Lo comprende ahora?

Belián vació su copa y la dejó sobre la mesa.

—Está clarísimo —respondió.

Ella dijo:

—No podemos permitir que nuestros planes sufran interferencias, Gil Belián. Son… planes de altos vuelos. Únase a nosotros… y le aseguro que habrá hecho el mejor negocio de su vida. En todos los sentidos —añadió incisivamente.

—¿En todos?

Josephine terminó el vino y dejó la copa a un lado. Sinuosamente, onduló hacia él y enroscó sus desnudos brazos en torno a su cuello.

—En todos —repitió con voz susurrante.

Belián percibió el calor que emanaba aquel hermoso cuerpo y vio entreabiertos en una tentadora sonrisa los rojos labios de la mujer. Sus ojos brillaban con una luz singular.

—Yo… y dinero, todo el que quieras —susurró Josephine.

Durante un instante, Belián se sintió envuelto en una cegadora ráfaga de pasión. Luego, la cordura volvió a su mente.

—¿Y si no accediera? —preguntó.

—Te mataría —dijo ella, sin dejar de sonreír, oprimiéndose aún más contra su cuerpo.

—¿De veras lo harías?

—Sin vacilar. Bien ¿qué me contestas?

—No.

La respuesta fue clara, rotunda, rápida. La acción de la mujer no fue menos veloz.

Su mano derecha golpeó de filo el cuello de Belián, bajo la oreja, lanzándole a un lado. Belián creyó que le habían decapitado.

Cayó de rodillas, aturdido por la increíble violencia del golpe. Josephine se le echó encima y, agarrándole por un brazo, se lo retorció a la espalda.

—Te mataré —aseguró, con voz que ahora carecía de inflexiones.

Hizo una torsión y Belián creyó que el brazo se le descoyuntaba. Sin embargo, supo relajar a tiempo sus músculos y siguió la acción de Josephine, buscando el medio de contraatacar.

Ella intentó golpearle de nuevo, de la misma manera, pero ahora Belián estaba ya prevenido y eludió el ataque. Dejándose caer al suelo bruscamente, hizo que la mujer diese una voltereta completa en el aire.

La agilidad de Josephine era asombrosa. Apenas había tocado el suelo, ya estaba en pie, dispuesta a atacar una vez más.

Belián extendió una mano.

—Quieta —dijo—. No me haga olvidar que es una mujer.

—Olvídelo —contestó ella secamente—. Voy a matarle.

Estaba frente a él, ligeramente encorvada, con los brazos

separados del cuerpo. De pronto, levantó la pierna derecha como si fuera a golpearle con la punta del zapato en la cara.

Belián había visto más de un zapato con una cuchilla replegable bajo la suela, que asomaba por la puntera, a voluntad del propietario. Desesperadamente se echó a un lado, tratando de evitar un arma que buscaba su yugular.

Pero no fue un cuchillo lo que salió del zapato de Josephine, sino algo muy distinto. El tacón estaba hueco y escupió una sonora llamarada.

Belián sintió el viento de la bala junto a su cara. Ella dejó escapar una exclamación de rabia.

Se preparó para el segundo disparo. Belián agarró una silla y se la tiró a las piernas.

—¡Ay! —dijo ella, al caer de lado.

Belián saltó sobre Josephine y procuró sujetarla con una mano, mientras con la otra, se esforzaba por apoderarse del zapato izquierdo. El pie de Josephine debió de hacer presión en el mecanismo de disparo y la bala salió, sin causar daño a ninguno de los dos.

Ella recurrió a un arma típicamente femenina: sus dientes. Belián gritó al sentir la mordedura en su mano y la soltó.

Josephine le golpeó con el canto de la mano en la frente. Belián cayó de espaldas, parcialmente aturdido.

Ella levantó el pie derecho. Ahora quería clavarle el tacón en un ojo. Incluso podía metérselo hasta el cerebro.

Belián movió el brazo izquierdo en semicírculo, alcanzándola en la pierna. Pillada a contrapié, Josephine cayó de costado.

Pero se levantó en el acto, como un gato. Belián se dijo que valía la pena intentar la búsqueda de un punto flaco en su adversario.

Disparó el puño derecho hacia adelante y lo hundió en el estómago de la mujer. Ella dejó escapar un sonoro «¡Oh!» y se curvó hacia adelante.

Entonces, rápido como el pensamiento, Belián se lanzó sobre Josephine y se apoderó de sus muñecas. Ella le tiró un rodillazo canalla a la ingle, pero el detective consiguió eludir el ataque.

Sin soltarla, levantó bruscamente sus brazos hacia arriba, dando un fuerte tirón. Josephine gritó de dolor.

Belián mantuvo sus manos en alto, haciendo que sus pies

perdieran parcialmente el contacto con el suelo. Así podía dominarla mucho mejor, pese a sus desesperados esfuerzos por reaccionar en contra.

La sacudió varias veces con fuerza. El peinado se deshizo y los cabellos volaron de un lado para otro. Lágrimas de rabia brotaron de los hermosos ojos de Josephine.

Luego, antes de que pudiera recobrarse, Belián la hizo dar una rápida media vuelta, pasándole las manos a la espalda en una postura forzada. La empujó unos cuantos pasos y se sentó en una silla, inclinándola hacia adelante.

Josephine chilló y pataleó, mientras la mano del detective caía pesada y reiteradamente sobre el carnoso final de su espalda. A última hora, se rindió.

—¡Basta, basta ya! —gimió, devorando las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Belián la soltó, sonriente y satisfecho. Ella se incorporó penosamente, frotándose con ambas manos la parte afectada por los golpes.

—Me gustaría que mi respuesta la dejase convencida de una vez —dijo el detective.

El pecho de la mujer subía y bajaba con espasmos de violencia. Sus pupilas despedían rayos de ira mal contenida.

—Ha ganado una vez —dijo—. Pero perderá, se lo prometo.

—¿De veras? —se burló él.

Josephine caminó renqueando hacia su abrigo. Belián se le anticipó de un salto y tomó la prenda con ambas manos.

—No me fío de usted —dijo.

Registró el chaquetón de piel. No parecía contener un arma ofensiva, así como tampoco el bolso que estaba debajo.

Puso la prenda sobre los desnudos hombros de Josephine. Luego le entregó el bolso.

—Es una lástima que nuestra entrevista haya terminado de semejante modo, Jo —sonrió él.

—La próxima tendrá un final muy distinto —contestó la mujer.

—Es posible, pero ¿para quién será ese final?

Ella se dirigió hacia la puerta. Aún caminaba dificultosamente.

—Ah —exclamó Belián de pronto—, olvidaba una cosa.

Abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo un objeto que

sujetó con dos dedos. Luego avanzó hacia la mujer.

—Cuando se ponga el traje de Fantomas, quítese los pendientes —dijo sonriente.

Ella se lo arrebató de un manotazo.

—¡Adiós! —se despidió bruscamente. Y ya con la mano en el pomo de la puerta, le miró de manera incisiva—: ¡Tonto! ¡Ha perdido la mejor ocasión de su vida!

—El tiempo de los profetas pasó ya, señora Kibric —contestó el joven significativamente.

Capítulo IX

El timbre del teléfono sonó bruscamente, arrancando a Gil Belián de su sueño placentero. Alargó la mano y tomó el auricular.

—Hola —murmuró torpemente.

—¡Gil! ¡Soy Audrey! —Oyó la voz de la joven, con acentos de viva alarma—. ¡Le necesito, pronto, por favor!

Belián se sentó de golpe en el lecho.

—¿Qué le ocurre, Audrey? —preguntó.

—Mi padre se ha marchado… creo que a Crankess… —contestó ella.

Belián ya no hizo más preguntas.

—Quédese en casa y no se mueva. Iré inmediatamente —dijo.

—Le espero, Gil. Sabía que podía contar con usted —declaró Audrey agradecidamente.

El detective cumplió su palabra. Treinta minutos más tarde, entraba en casa de Audrey.

Una doncella le condujo hasta el salón, donde la muchacha se paseaba presa de un tremendo nerviosismo. Belián se acercó a ella y le tomó sus manos.

—Será mejor que se calme, Audrey —aconsejó—. La pérdida de la serenidad no da buenos resultados.

—Pero es que mi padre… —Ella se pasó una mano por la frente —. Sí, tiene usted razón. Siéntese, Gil, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Una taza de té, se lo ruego. No he desayunado siquiera…

Audrey tiró de un cordón. La casa estaba decorada con arreglo a la más pura tradición británica.

Encargó el desayuno a la doncella. Luego se sentó frente a él y le miró implorantemente.

—Tiene que ayudarme, Gil —insistió.

—Para eso he venido aquí —repuso el detective—. Dígame, ¿cómo sabe que su padre ha ido a Crankess?

—Esta mañana faltó al desayuno. Cuando está en Londres, siempre lo toma en mi compañía. A él le agrada conversar conmigo; prácticamente, es la única hora del día en que tenemos unos minutos para cambiar impresiones.

—Siga. ¿Y…?

—Bien, yo no tenía noticias de que se fuera a ausentar; lo sabría ya desde ayer —continuó la muchacha—. Su falta a la hora del desayuno me extrañó. Llamé a Beaton y me dijo que mi padre había salido muy temprano, con el coche pequeño, aunque no había indicado adónde se dirigía.

—Tal vez un negocio imprevisto…

—Eso pensé yo, pero como se me hacía muy raro que no hubiese dicho siquiera adonde se iba, ni me hubiera dejado una breve nota, llamé a su secretario personal a la oficina. El secretario me dijo que tampoco sabía nada, aunque la víspera le había oído hablar vagamente de un pueblo escocés, cuyo nombre no recordaba con exactitud…

—Crankess —dijo Belián.

—Justamente, eso mismo pienso yo —contestó ella.

Belián reflexionó unos momentos.

—De modo que se ha ido sin avisar —murmuró—. Bien, en ese caso, es que ha ocurrido algo que le ha obligado a abandonar Londres. Audrey —dijo él de repente—, ¿podría usted conseguirme una entrevista con el secretario de su padre?

—Cuando guste —accedió ella.

* * *

El secretario del señor Stills se llamaba Larry Woolton y resultó ser un joven de agradable presencia y rostro inteligente. Belián fue introducido en su despacho, apenas anunció su presencia.

Después de los primeros saludos, Belián preguntó a Woolton si conocía algún motivo especial que hubiese obligado al señor Stills a partir de Londres tan inopinadamente.

—Ninguno, que yo sepa —contestó el secretario.

—¿Le dijo que se dirigía a Crankess?

—No, aunque le oí mencionar ese nombre una o dos veces. Es decir, creo que era ese nombre, porque no me hablaba a mí. Entré en su despacho en numerosas ocasiones, como sucede a diario y, en un par de ellas, le sorprendí murmurando, como si hablase a solas.

—¿Es usual en él esa actitud?

—Por supuesto que no. Pero a veces, uno, ya se sabe, está demasiado preocupado por sus asuntos y…

Belián movió la cabeza.

—Comprendo, señor Woolton. Así que usted no sabe nada de los negocios que, posiblemente, tiene el señor Stills en Crankess.

—En mi opinión, sólo puede tratarse de un asunto estrictamente personal —dijo el secretario—. Si fuese un asunto de otra índole, yo lo sabría desde el primer momento. El señor Stills guarda muy pocos secretos para mí.

—Lo cual le honra —sonrió Belián—. Dígame, ¿ha oído hablar alguna vez de una dama llamada Josephine Kibric?

—No, nunca —contestó Woolton enfáticamente.

Belián se mordió los labios.

—Así que ayer fue un día normal para el señor Stills… —murmuró—. Señor Woolton, ¿puede decirme si recibió alguna visita extraña, no común ni anunciada previamente?

—Por cierto que sí —respondió el secretario—. Salvo que se trate de personajes de muy alta categoría, los visitantes del señor Stills han de concertar previamente la entrevista, a veces, con varios días de antelación. Una de mis secretarias se encarga de ello…

—Por favor —dijo Belián, apremiando a su interlocutor.

—Bien, ayer llegó un tal señor Satterley, a quien mi jefe recibió de inmediato, apenas le pasaron la tarjeta. El señor Satterley había estado ya aquí hace algunas semanas, pero me precio de conocer a las personas y no me pareció tan importante como para ser recibido sin previa cita.

—Quizá el señor Satterley es más importante de lo que usted piensa —sonrió el detective—. Apuesto que fue después de haberse marchado él, cuando el señor Stills empezó a hablar consigo mismo.

—Pues, sí, ahora que recuerdo, así sucedió —dijo Woolton admirado—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Simple deducción —respondió Belián—. Señor Woolton,

¿puedo pedirle un último favor?

—Estoy por completo a su disposición, señor Belián. Dígame de qué se trata y le complaceré en el acto.

—Muy bien, es usted muy amable. Necesito una relación completa de las empresas de las que el señor Stills es propietario o bien accionista mayoritario, eso es todo.

—¿Quiere saber datos en particular de cada una de ellas? —preguntó Woolton.

—Simplemente, lo que fabrican o producen.

—Puedo decírselo de memoria —manifestó el secretario orgullosamente.

Al cabo de unos minutos, Belián había llegado ya a una conclusión.

—La conversación ha sido muy instructiva, señor Woolton —dijo, al despedirse del secretario.

Luego volvió a casa de Audrey.

Ella aguardaba impaciente. Por consejo de Belián, se había quedado en casa. El detective había preferido conversar a solas con Woolton.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó Audrey, apenas se reunieron de nuevo.

—Sí, algo muy interesante.

Audrey le miró con ojos llenos de aprensión.

—¿Debo pensar en lo peor? —murmuró.

—No, al menos para su padre. Se trata de una trampa, en la que la presa soy yo y el cebo es su padre.

—¡Oh! —gimió la muchacha.

Belián llenó una copa y se la entregó.

—Está muy pálida —dijo.

Audrey hizo un signo afirmativo.

—¿Cómo sabe que se trata de una trampa? —preguntó, después de un sorbo de licor.

—Muy sencillo; entre las restantes empresas de su padre no hay ninguna que merezca la atención Josephine Kibric y sus amigos fabricantes de robots.

—¿Está seguro?

—Razonablemente seguro, aunque con el lógico margen de error. Sin embargo, creo no equivocarme.

Ella se sentía desconcertada.

—Pero… no entiendo… ¿Qué le hizo partir para Crankess?

—Ayer, un tipo llamado Satterley vino a visitarle. Según he podido deducir, ya estuvo antes otra vez… precisamente, en las vísperas de su suplantación por un robot. Durante la entrevista, permanecieron a solas. Estoy seguro de que Satterley propinó a su padre una droga hipnótica.

—Sí, ahora ya comprendo. Luego le dio orden de ir a Crankess.

—Aún más. Su padre no es dado a hablar a solas. Ayer lo hizo después de haberse marchado Satterley; Larry Woolton le sorprendió así más de una vez y entonces fue cuando le oyó mencionar el nombre de Crankess.

—¿Y por eso supone que se trata de una trampa?

—En efecto —contestó Belián—. Quienes la tendieron sabían que usted me llamaría para advertirme de la desaparición de su padre, que yo indagaría… y que acabaría averiguando que había vuelto a Crankess, Pero esta vez no existen motivos aparentes que le obliguen a tal viaje y ello es lo que pone la trampa al descubierto.

—¿Qué piensa hacer usted? —preguntó Audrey.

—Lo que debí haber hecho desde un principio: ir a Crankess… y ver qué pasa en Colphax Mansion.

—¡Pero le matarán! —exclamó la muchacha temerosamente.

Belián sonrió.

—Diciéndolo con una frase vulgar, tengo el pellejo muy duro —afirmó.

—En ese caso —decidió Audrey—, yo iré con usted.

El detective no tuvo tiempo de negarse. El timbre del visófono sonó en aquel instante.

Audrey se acercó al aparato y dio el contacto. Una cara conocida apareció en la pantalla.

—¡Mildred!

—Hola, Audrey —sonrió la señora Boreas—. ¿Está ahí tu detective? Llamé a su casa y la grabadora automática me dijo que podía encontrarlo contigo…

—Sí Mildred; ahora te hablará. ¿Gil?

Belián se acercó al aparato, situándose frente al objetivo.

—¿Cómo está, señora? —saludó cortésmente.

La transmisión se hacía en colores naturales. Belián pudo ver

que Mildred se había ruborizado.

—Mi esposo ha vuelto a casa —dijo—. No… no es un robot, señor Belián.

—La felicito por ello, señora —dijo el joven gravemente.

—Sin embargo —añadió Mildred—, hay otra cosa que me preocupa.

—Hable, por favor.

—Rompí la promesa que le hice a usted, señor Belián, y aunque no de una manera directa, le hablé de su ausencia. Mi esposo no recuerda nada en absoluto de las semanas que pasó en Crankess.

—Lo cual es muy lógico —contestó el joven—. Al señor Stills le ocurrió algo parecido, pero no debe preocuparse por ello en absoluto. Gracias por su información, señora Boreas.

Terminado el diálogo, Belián dejó que las dos mujeres conversaran unos minutos. Audrey se esforzó por tranquilizar a Mildred, cosa que consiguió casi por completo.

Luego cortó la comunicación y se volvió hacia el detective.

—¿Y bien, Gil?

—Usted se quedará en Londres —contestó él.

—¿Es su última palabra?

—Definitiva. La trampa está dirigida contra mí y yo no quiero que, por acompañarme, corra usted el menor riesgo.

CAPÍTULO X

El tiempo estaba desapacible. Soplaba un viento del Norte, de fuerza más que regular, y las rachas de lluvia eran a veces muy espesas y dificultaban la visibilidad.

Belián no cometió la tontería de dirigirse a Crankess por la ruta ordinaria. Eligió caminos secundarios y aunque perdió tiempo, ganó en seguridad.

Hizo noche a unos cien kilómetros de Crankess. Al día siguiente, por la mañana, reanudó el viaje.

El tiempo continuaba con idénticas características. Los limpiavidrios oscilaban rítmicamente. Dentro del automóvil y gracias a la calefacción, reinaba una agradable temperatura.

Belián viajaba a moderada velocidad, a fin de evitar un inoportuno accidente. A las nueve y media de la mañana, avistó una población de regular tamaño.

Debajo del rótulo que indicaba su nombre, había otro:

A CRANKESS

12 kms.

Belián suspiró. Antes de un cuarto de hora, estaría en las inmediaciones de su objetivo.

Una racha de lluvia se estrelló contra el parabrisas. Casi estuvo a punto de atropellar a un chiquillo que se cruzó inopinadamente delante del automóvil.

Belián pisó el freno a fondo, a la vez que tocaba la bocina. Aturdido, el niño trastabilló y cayó de bruces en un charco.

Belián paró el coche y saltó fuera. El chiquillo se esforzaba por

ponerse en pie. Sonaron algunos gritos se alarma en las inmediaciones.

Una mujer apareció en la puerta de una casa cercana.

—¡Bobby! —gritó.

El detective ya tenía al chiquillo en brazos.

—¿Es su hijo, señora?

Ella, muy pálida, asintió.

—No se preocupe —dijo Belián—. Simplemente, perdió el equilibrio y cayó en el charco. Afortunadamente, pude frenar a fondo.

—Estos hijos… —se lamentó la mujer—. No gana una para disgustos con ellos. Gracias, señor…

La mujer quiso tomarle el chiquillo, que temía más a la regañina de su madre que a la mojadura. Belián sonrió.

—Por favor, yo se lo entraré en casa. Debe cambiarle de ropa enseguida; está muy mojado.

—Gracias, señor —contestó ella—. Entre, se lo ruego.

Belián cruzó el umbral con el niño en brazos. Ella corrió al interior de la casa, modestamente amueblada, y volvió con una toalla en las manos.

Mientras limpiaba al niño, dijo.

—Cuando a un crío le falta el padre, las consecuencias se notan enseguida.

—¿Acaso ha muerto, señora? —preguntó Belián cortésmente. No quería irse sin asegurarse de que el chiquillo no había sufrido daño alguno.

—Como si estuviera muerto —contestó ella irritadamente—. Se fue a Crankess a trabajar hace algunos meses y todavía no ha vuelto.

Belián aguzó el oído.

—¿Ha dicho a Crankess, señora?

—Sí, en efecto… Perdón, voy a cambiarle de ropa. Encima del aparador, si desea, hay una botella con aguardiente.

Madre e hijo abandonaron la salita. Belián encendió un cigarrillo y lo fumó pensativamente.

Sobre el aparador, además de la botella, divisó un sobre dirigido a Clara Wengy. Así supo el nombre de aquella guapa muchacha, a la que su esposo tenía tan abandonada.

Un cuarto de hora más tarde, regresó Clara. Belián quiso darle una explicación:

—Me he quedado, porque la he oído citar el nombre de Crankess, señora Wengy —manifestó—. Habrá de dispensar mi curiosidad, pero es que yo me dirijo también a esa aldea.

—Allí es donde está mi esposo —contestó Clara—. ¿Acaso le interesa hablar con él?

—Depende. En realidad, no voy a la misma aldea, sino a una casa situada, creo en las inmediaciones.

—Colphax Mansion —dijo ella.

—¿La conoce usted?

—Estuve una vez. Quise conocer los motivos por los cuales Ross, mi esposo, se negaba a volver. Dijo que tenía un trabajo magnífico, que incluso le ocupaba sábados y domingos. Por lo menos, me manda lo suficiente para vivir, de modo que no puedo quejarme del todo.

—¿Qué profesión tiene su esposo, señora Wengy?

—Es mecánico, un magnífico mecánico, créame, señor. Pocos había que entendiesen de motores como él; incluso manejaba el pequeño motor nuclear que daba fuerza a la fábrica donde estaba empleado. Pero el motor empezó a hacerse viejo y la Comisión de Seguridad prohibió su uso. Entonces, la empresa juzgó más conveniente contratar el suministro de energía con una compañía de electricidad y… bien, mi marido quedó sin empleo.

—Hasta que encontró una colocación en Colphax Mansion.

—Así es, pero a veces pienso si no habría sido mejor que se buscase otra clase de trabajo.

—¿Por qué dice eso, mujer? —le reprochó Belián suavemente—. Él lo hace por el bienestar suyo y de su prole.

Clara meneó la cabeza.

—Si fuera eso solo, no me importaría pasar un año de soledad, que es el tiempo que dijo permanecería en su empleo, separado de mí —contestó—. Pero temo que al acabar el año ya no vuelva conmigo.

—¿Le darán otro empleo similar?

—No lo creo. Pero mi Ross es un hombre muy guapo y allí, en Colphax Mansion, hay una mujer…

—La señora Kibric —dijo Belián.

—No sé ni cómo se llama. La vi una vez y me pareció una diablesa. Estoy segura de que Ross se ha enredado con ella, sin darse cuenta de que es sólo un capricho…

Belián trató de consolar a la atribulada mujer.

—Ya verá cómo vuelve su esposo, con un buen puñado de libras —dijo—. Mientras tanto, hágame el favor de comprar a Bobby un traje nuevo.

Y puso en la mano de Clara un billete de cinco libras, que le obligó a aceptar, pese a su resistencia.

—¿Va usted a Crankess, señor? —preguntó.

—Sí, ya se lo dije antes.

—En ese caso, no se acerque por Colphax Mansion. Esa casa… no encierra nada bueno dentro, se lo aseguro.

—En todo caso, tendré cuidado. Y hasta, si me es posible, procuraré traerle noticias de su marido, señora Wengy.

Belián salió de la casa, convencido de que Ross Wengy no volvería junto a su esposa. Presentía lo peor para el mecánico de motores.

Puso el motor en marcha de nuevo y el coche arrancó. Un cuarto de hora más tarde, llegaba a Crankess.

Buscó una hostería y pidió habitación para una temporada, alegando ser un escritor que buscaba paz y retiro. El dueño de la posada le aseguró que no hallaría otra población más tranquila y le ensalzó las cualidades de la cocina de su casa.

La habitación era amplia y capaz, amueblada con un estilo antiguo, pero, por su misma autenticidad, sumamente agradable. El dueño de la posada encendió la chimenea y luego hizo subir el equipaje de su huésped.

Desde la ventana de su cuarto, Belián divisó un extenso panorama, parcialmente oculto, sin embargo, por las brumas. El extremo meridional del lago desaparecía entre la niebla.

Colphax Mansion era una mancha borrosa en la orilla opuesta, situada a unos mil trescientos metros de la posada. La visibilidad era pésima y ni siquiera con los prismáticos pudo captar detalles de importancia.

Al hacerse de noche, bajó al comedor. El hostelero no le había mentido respecto a su cocina. La cena resultó magnífica y Belián disfrutó mucho, acompañándola con un par de jarras de fuerte

cerveza negra.

La taberna ocupaba un espacio contiguo. Belián se entretuvo un rato, contemplando las partidas de lanzamiento de dardos, y luego subió a su habitación.

Esperó pacientemente hasta que todo el mundo estuvo durmiendo. Entonces, con las cortinas echadas y la puerta cerrada con doble vuelta de llave, abrió la maleta y sacó de su interior varios objetos.

Uno de ellos consistía en un traje de una sola pieza, impermeable, pero más ligero que el de los submarinistas. El traje era de color negro y disponía de capucha.

Belián se equipó en unos minutos. Luego apagó la luz, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

Sólo había una lámpara encendida en el comedor del piso bajo. Belián descendió la escalera, peldaño a peldaño, procurando no hacer el menor ruido.

Abrió la puerta de la calle. Una ráfaga de fría llovizna le dio en pleno rostro. Las losas del pavimento brillaban con tétricos resplandores a causa de la humedad.

Apenas había dos o tres luces encendidas en toda la aldea. Los espacios de sombra eran considerables.

Belián avanzó por los trozos más oscuros, hasta alcanzar las últimas casas de Crankess. Soplaba un vientecillo fresco y húmedo, que no tenía nada de agradable. La llovizna tenía intermitencias poco espaciadas; el tiempo no daba señales de mejorar.

La primavera estaba aún lejana. Convertido en una sombra fantasmal, Belián abandonó la aldea y siguió el camino que, bordeando el lago, conducía a Colphax Mansion.

Se oía el ligero rumor de pequeñas olas en el lago, batiendo la orilla pedregosa. Belián tenía que avanzar poco menos que a tientas, a fin de no encender luz alguna que delatara su presencia en aquellos parajes.

De pronto, oyó a lo lejos el rumor de un pesado vehículo que se acercaba. Apartóse rápidamente a un lado del camino y se agazapó tras una semiderruida cerca de piedra.

Los faros de un camión de gran tonelaje hendieron la noche. Convenientemente oculto, Belián contempló el paso del vehículo que, a no dudarlo, se dirigía hacia Colphax Mansion.

Las luces rojas de la zaga se perdieron entre la húmeda neblina. Belián continuó andando, pero, a los pocos momentos, tuvo que repetir la operación.

Un segundo camión le dio alcance. Sin embargo, el detective tuvo tiempo sobrado, como la vez anterior, de esconderse convenientemente.

Una cosa le extrañó sobremanera: el enorme tamaño de los vehículos, de gran capacidad de carga. ¿Qué llevaban a Colphax Mansion? ¿O acaso sacaban algo de la casa?

En los diez minutos siguientes, cinco camiones más, todos de tamaño y peso similares, desfilaron por delante de él hacia la residencia de Josephine Kibric. Belián no salía de su asombro.

Durante el período de luz, había estudiado desde la ventana de su cuarto en la posada, la topografía del terreno. Los fugaces resplandores lanzados por los focos de los vehículos habían colaborado eficazmente en su orientación.

Así pudo llegar al lugar elegido para observar la casa de la orilla del lago. Tratábase de una loma baja, de forma alargada y laderas lisas, cuya elevación sobre las aguas no era superior a los sesenta metros.

La cota, sin embargo, resultaba suficiente para hallarse situado a un nivel superior al edificio y poder mirar por encima de la alta tapia que lo rodeaba. Una vez en su observatorio, Belián abrió una pequeña mochila que había llevado consigo y extrajo un par de pequeños prismáticos, de gran alcance visual, provistos de visor de rayos infrarrojos.

El visor estaba alimentado por una diminuta pero potente batería. Belián dio el contacto y se dispuso a mirar a través de los gemelos. Entonces oyó un ruidito a muy corta distancia del lugar en que se hallaba.

CAPÍTULO XI

Belián cerró el contacto nuevamente y se agazapó en el suelo, a la vez que forzaba la vista, intentando taladrar las tinieblas. El ruido se repitió.

Un camión rodaba a lo lejos, acercándose a Colphax Mansion. La luz de sus faros iluminó durante una fracción de segundo al desconocido, permitiendo así a Belián su exacta localización.

El detective pensó en la listeza de los habitantes de Colphax Mansion. A pesar de todo, no había podido despistarles y ahora despachaban a uno de sus esbirros para asesinarle.

El final estaba en las frías aguas del lago, con una cuerda al cuello y una piedra en el otro extremo.

Belián dejó con cuidado los prismáticos en el suelo y se preparó para iniciar el ataque. El asesino estaba cada vez más cerca.

Le buscaba a tientas, ello era indudable. Súbitamente, Belián se lanzó hacia adelante y, agarrándole por una mano, le retorció el brazo a la espalda, a la vez que con la otra le tapaba la boca para impedirle gritar.

—No te muevas o será peor —dijo en voz baja a su oído—. Sólo quiero inutilizarte, para que me dejes actuar en paz.

El otro emitió un gruñido ininteligible, a la vez que forcejeaba para desasirse de la presa que le tenía sujeto. Belián acentuó la presión sobre su brazo y dijo:

—Si no te estás quieto, te lo romperé.

Su adversario se inmovilizó en el acto. El detective añadió:

—Voy a atarte. Si gritas, será lo último que hagas en este mundo. ¿Has entendido?

Quitó la mano de su boca y buscó en un bolsillo secreto de su traje un ovillo de cuerda, muy delgada y resistente, que había

llevado a prevención. Entonces, su prisionero, dijo:

—Gil, me está haciendo daño.

Belián se quedó atónito.

—¡Audrey! —exclamó, a la vez que soltaba el brazo de la muchacha.

Ella se volvió hacia el detective, frotándose la muñeca con la otra mano.

—Menudo susto me ha dado —comentó.

—El susto me lo ha dado usted a mí —dijo él de no muy buen talante—. Había creído que era uno de los esbirros de la señora Kibric… pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Olvida que mi padre está en esa casa?

—No; pero yo a usted la aconsejé que se quedara en Londres…

—Gil, sinceramente, ¿esperaba que me quedase quieta?

—Bueno, eso es algo en lo que no había pensado… Pero, agáchese; si continuamos en pie, podemos ser descubiertos por el chófer de algún camión. La distancia hasta la carretera no es excesiva.

Audrey siguió su consejo. El impermeable que vestía protegía su cuerpo de la lluvia y de la humedad del suelo, y lo mismo sucedía al detective con el traje especial que ya se había puesto a propósito para la ocasión.

Colphax Mansión estaba a unos doscientos cincuenta metros de distancia. Belián enfocó sus prismáticos hacia el parque circundante, hallándolo totalmente desierto.

Las luces de la casa estaban apagadas. No se percibía la menor señal de vida, salvo la llegada intermitente de grandes camiones, pesadamente cargados a juzgar por las improntas de sus huellas en el suelo húmedo y embarrado del camino.

Otro camión llegó y se detuvo ante un enorme edificio, con aspecto de almacén o garaje, que había en una de las esquinas del parque. Alguien abrió el portón de acceso y el vehículo se coló en el interior.

—Me pregunto qué es lo que pueden transportar esos camiones —dijo Belián al cabo de unos minutos de atenta observación.

—Está bien claro, Gil —dijo Audrey—. Transportan la maquinaria, o por lo menos, los elementos más importantes, de las fábricas que mi padre y Benjamín Boreas se vieron obligados a

vender.

—Es probable que tenga usted razón —admitió el detective—. Pero la casa no es lo suficientemente grande para montar una factoría.

—Quizá almacenan las piezas en ese cobertizo de la esquina del parque —sugirió ella—. ¿Por qué no vamos a verlo, Gil?

Belián meditó unos instantes.

—Esperemos un poco. Quiero cerciorarme antes de que ya no vendrá ningún otro camión durante la noche —dijo al cabo.

—Muy bien —aprobó ella—. ¿Tiene un cigarrillo?

—Sí, pero no se lo daré. Si hay algo que no podemos hacer, es delatar nuestra presencia aquí.

—Es verdad, perdóneme —reconoció la joven humildemente.

El tiempo pasó con infinita lentitud. Belián y Audrey se sentían incómodos a causa del frío y la humedad, y su incomodidad se acentuaba a causa de la inmovilidad que debían guardar. Una vez, Audrey se quejó de que apenas si tenía ya sensaciones en los pies.

—Espere un poco más —insistió el detective.

Belián dejó transcurrir dos largas horas, desde la llegada del último camión. Entonces se convenció de que ya no habría más expediciones, al menos por aquella noche.

Recogió todos los trebejos en la mochila y se puso en pie.

—Vamos, Audrey.

Tomó la mano de la muchacha y la guió en su descenso por la ladera de la loma. Unos minutos más tarde, llegaban al pie del portón de acceso al almacén.

—Bueno —dijo ella—, aquí acaba nuestro viaje. ¿Y ahora?

Belián tanteó el portón. Aparte de su tamaño, era de madera común y corriente y su cerradura no parecía ser cosa del otro mundo.

—Si guardan algo raro al otro lado, les conviene aparentar normalidad —musitó.

Y echó mano a su mochila, donde tenía un pequeño equipo de llaves falsas, que servían en todas las circunstancias.

Un par de minutos después, sintió que la cerradura cedía. Sacó una pequeña linterna y empujó el batiente poco a poco.

—No haga ruido —aconsejó a la joven en voz baja.

Andrey contestó con un silencioso gesto de afirmación. Belián

abrió lo justo para poder pasar al interior y una vez hubieron cruzado el umbral, cerró de nuevo el portalón.

Entonces se arriesgó a encender la linterna. Movió la mano, paseando el haz de rayos en todas direcciones. A su lado, Audrey contuvo una exclamación de asombro.

—Está vacío —dijo él, no menos estupefacto que la muchacha.

Al otro lado había un portón análogo, que debía comunicar con el interior del parque. El almacén era de vastas dimensiones, pero salvo algunos cajones vacíos de embalaje, no había en él otra cosa.

—Los camiones salen al parque por la otra puerta —dijo Audrey.

—No —contradijo él, después de algunos segundos de reflexión.

—¿Cómo?

—Audrey, tendríamos que haber visto el resplandor de los faros al otro lado, ya dentro del parque. Usted sabe bien que no ha sido así.

—Tal vez usaban luces especiales…

—¿Y qué me dice de las rodadas? Terminan en el centro del almacén. ¿No lo está viendo?

—Es cierto —exclamó Audrey.

La luz de la linterna alumbraba las señales de las ruedas, aún húmedas, que desaparecían a cosa de unos veinte metros de la entrada. La longitud total del edificio era triple.

—Ahora lo comprendo —dijo Audrey—. Es una fábrica subterránea.

—No hay otra explicación y, además, es la forma mejor de pasar desapercibidos. Una fábrica en el exterior sería demasiado conspicua y no podrían ocultar por completo sus propósitos.

—Pero, han debido de excavar una gigantesca oquedad —dijo ella—. Y la tierra, ¿dónde la arrojaban?

—Al lago, seguramente.

—Así tuvo que ser, Gil. ¿Intentará entrar en ese subterráneo?

Belián pisó el suelo con fuerza.

—Parece muy sólido —observó—, y aunque estimo que debe de tener acceso desde la casa, no sé dónde está ni creo tampoco que la hermosa Josephine Kibric consintiera en enseñármelo.

—Entonces, ¿tenemos que desistir? —preguntó Audrey desanimadamente.

—Por supuesto que no. Entraremos por aquí.

—¿Cómo, Gil?

—Cuándo, está mejor dicho. No esta noche, desde luego, porque no parece ya que vaya a llegar otro camión, sino mañana… o cuando podamos. A propósito, ¿dónde se aloja usted?

—Todavía no he tenido tiempo de buscar hospedaje —contestó Audrey.

—¿Ha venido en automóvil?

—Sí. Lo dejé estacionado a un kilómetro. Pude darme cuenta del tráfico de camiones y lo aparté del camino.

—Magnífico —aprobó Belián—. Ahora, usted tomará su coche y se dirigirá a Karnaldy, que es la población más cercana a Crankess. Tomará una habitación en un hotel y esperará a que yo haya averiguado qué es lo que hay debajo de este suelo de cemento.

—¿Y por qué no he de alojarme en Crankess? —preguntó ella.

—Porque no quiero que nos vean juntos. Uno solo puede evitar comentarios que lleguen hasta los habitantes de Colphax Mansion; una pareja, ya sería distinto, ¿comprende?

—Sí desde luego, pero me reuniré con usted aquí, mañana, a estas mismas horas.

—¿Hay algún medio de evitar que cometa usted un disparate? —preguntó el detective, enojado.

—Sí, encerrándome en un calabozo —contestó Audrey con gran desparpajo—. Pero no lo hará, ¿verdad?

—Quizá empiece a buscarlo ahora mismo —rezongó Belián, dirigiéndose hacia la salida.

* * *

Casi todo el día siguiente se lo pasó Belián sumido en la tediosa tarea de aporrear una máquina de escribir, para mantener la ficción. Al atardecer, bajó a la taberna y se acercó al mostrador.

Molly, la opulenta hija del tabernero y posadero, se acercó a él, preguntándole qué quería para beber.

—Cerveza, gracias.

Molly le llenó una jarra rápida y diestramente. Luego se acodó en el mostrador junto al detective.

Belián, prudentemente, evitó mirar con exceso el mórbido escote de la joven. Tras algunas frases banales, Molly le preguntó si

pensaba permanecer mucho tiempo en Crankess.

—Depende de lo que adelante en mi libro —contestó él—. ¿Es usted de aquí? —preguntó a su vez.

—No —contestó Molly—. Siempre hemos vivido en Karnaldy, pero hace unas semanas mi padre tomó la posada en traspaso. Era un buen negocio…, pero Crankess no me gusta.

—Es una población muy tranquila —adujo Belián.

—Demasiado pequeña —dijo Molly desdeñosamente—. No hay diversiones, los jóvenes de Crankess parecen de palo…

—Pues no tienen motivo para serlo —dijo el detective, sonriendo maliciosamente.

Ella se encogió de hombros.

—¡Bah! Ni les hago caso. Son zafios, brutos… Usted parece un hombre muy distinto.

—Figuraciones suyas, Molly. Soy un hombre como los demás.

—Será como todos los demás que no viven en Crankess —dijo ella, riendo—. Perdone un momento, señor Belián.

Un cliente reclamó la atención de la muchacha. Molly regresó a poco y se colocó en la misma postura incitante de unos minutos antes.

—Oiga, Molly —dijo Belián—, como escritor, soy curioso. He estado viendo una casa junto al lago desde la ventana de mi cuarto.

—Ah, sí, Colphax Mansión. Unos tipos muy orgullosos, que tienen a menos codearse con la gente de la aldea. Con decirle que ni siquiera compran aquí sus provisiones. Rupert McCrain, el tendero, pensó que haría un negocio cuando ellos se instalaron aquí, pero se equivocó de medio a medio.

Molly bajó la voz.

—En confianza, yo también creo que se equivocó mi padre —añadió.

—Los habitantes de Colphax Mansion, de todas formas, no harían aquí mucho gasto —opinó el detective—. ¿Sabe cuánto tiempo llevan residiendo allí?

—Desde luego, llegaron muchísimo antes que nosotros… Cuente más de un año y quizá me quede corta, señor Belián.

—¿Los conoce usted?

—A ella la he visto alguna vez, cuando pasa en su automóvil. Los otros, bien, hay un tal Satterley que habrá entrado aquí en dos o

tres ocasiones desde que estamos nosotros. Los demás, ni verlos.

—Por lo visto, no quieren relación alguna con la aldea.

Molly tuvo que alejarse de nuevo. Cuando volvió, había olvidado por completo el tema y Belián tuvo que maniobrar hábilmente para llevarla al terreno que quería.

—¿Se ha fijado usted en la cantidad de camiones que pasan estos días en dirección a Colphax Mansion? —preguntó después de un rato.

—Sí, por lo visto, creo, van a construir un nuevo edificio… ¡Hasta los materiales se traen de fuera! —exclamó ella despechada.

—¿No será subterráneo ese edificio? —sugirió el detective.

—Si le he de decir la verdad, no me importa en absoluto. —Molly le miró a través de los párpados entrecerrados—. A veces, detesto la gente, señor Belián.

—Entonces, se quedaría sin clientela —sonrió él.

—No me importaría que eso pasara… durante una hora o dos —contestó Molly intencionadamente.

El detective tosió. Molly estaba poniéndose sentimental.

Lo menos que le convenía en aquellos momentos era un enredo de tipo amoroso. Al cabo de unos minutos y con la excusa de que se le hacía tarde, consiguió zafarse del inequívoco acoso de la ardiente Molly y se fue al comedor.

La conversación no le había ofrecido datos de excesivo interés, pero tampoco se podía decir que hubiese desperdiciado el tiempo. Aquella noche, confiaba, lograría desvelar el secreto que había bajo el suelo de Colphax Mansion.

CAPÍTULO XII

Belián abandonó su cuarto a la misma hora que la noche anterior. Apenas había llegado al pasillo, oyó el crujido de un peldaño.

Silenciosamente, se retiró al rincón más oscuro, preparándose para el contraataque. Unos pies desnudos pisaron el suelo a poca distancia del detective.

Belián se sintió envuelto en una nube de penetrante perfume. Hizo un gesto de alivio.

Había escapado por segundos. Dejó que Molly alcanzara las inmediaciones de su dormitorio y entonces, sin hacer el menor ruido, descendió las escaleras.

Molly se llevaría un buen chasco al no verle en el dormitorio. Ya encontraría una excusa para justificar su ausencia cuando la viera al día siguiente.

Minutos después, caminaba a buen paso hacia Colphax Mansion. De cuando en cuando, y como la víspera, tenía que saltar fuera del camino para eludir a un camión que se acercaba.

A un kilómetro de su objetivo, se separó de la carretera y empezó a buscar en las tinieblas. No tardó en oír la voz de la muchacha.

—¿Gil?

—Sí, el mismo.

—Estaba esperándole —dijo ella, saliendo a su encuentro—. ¿Vamos?

—¡Qué remedio! —suspiró Belián.

—No parece que le agrade mucho mi compañía —se quejó Audrey.

—Me sabría muy mal que le ocurriese algo —confesó él.

—¿Opina que sólo usted, porque es un profesional, debe correr

los riesgos?

—Exactamente.

—Me defrauda usted, Gil.

—¿Cómo?

—Llegué a creer que quería evitarme los riesgos por mí misma…

—¡Audrey! Me parece que no he sabido explicarme bien.

—Ha sido demasiado claro —contestó ella, levantando la barbilla orgullosamente.

—Pero… —Belián desistió de continuar adelante con sus explicaciones. Huía de una complicación sentimental y otra le salía al encuentro y en las peores circunstancias.

En otra ocasión, Belián no se hubiera lamentado, claro que interiormente, de la actitud de Audrey. Pero, hombre sensato, estimaba la existencia de ciertos inconvenientes.

Él mismo no se menospreciaba; era joven y había ganado fama y dinero. Pero aún en la segunda década del siglo XXI subsistían ciertos obstáculos muy difíciles, por no decir imposibles de salvar.

El principal de ellos era la enorme fortuna de Audrey. En aquellos momentos, Belián deseó no haberla conocido…, pero ya era tarde y debía cumplir su compromiso hasta el final.

Un cuarto de hora más tarde, se apostaron en las inmediaciones, del almacén. Los camiones continuaban llegando a intervalos regulares y, en ocasiones, en caravanas de cinco y seis unidades.

Agazapados tras unos arbustos, Belián y Audrey esperaron el momento oportuno. Ella se había equipado de análoga manera al detective y había desechado el impermeable amarillo, que podía delatarla en la oscuridad.

Transcurrieron varios minutos. De pronto, avistaron en la lejanía las luces de varios camiones que rodaban a corta distancia el uno del otro.

—Creo que ahora podremos entrar en el subterráneo —dijo él.

—¿Dentro de un camión?

—Por supuesto.

—Pero son de caja metálica, cerrada; no están cubiertos con una lona vulgar…

—No entraremos escondidos en el camión, sino… Bueno, ya lo verá en el momento oportuno. Agáchese más —dijo él, alarmado por una súbita ráfaga de luz.

El primer camión estaba a la vista. Desfiló por delante de los dos jóvenes y se detuvo ante el portón del edificio.

Entonces, Belián asió la mano de Audrey y tiró suavemente de ella. Encorvados, caminaron paralelamente a la hilera de camiones, compuestos por siete unidades, hasta quedar frente al último.

Las luces se habían atenuado considerablemente. Belián dio unos pasos más todavía, siempre seguido por la muchacha, y luego se acercó a la zaga del vehículo elegido.

Audrey tenía razón; era de caja metálica, cerrada e imposible de asaltar si no era con herramientas que harían ruido. Belián, sin embargo, tenía otros propósitos.

Pegado al vehículo, caminó por su lado derecho hasta situarse junto a la cabina. Llevaba la mochila en la espalda y en la mano derecha un revólver de cañón corto, dotado de silenciador.

Lentamente, hizo girar la manija y luego abrió la portezuela.

—Si se mueve, lo abraso —amenazó al conductor.

La cabeza del hombre giró un poco, apenas lo justo para captar la imagen de su asaltante. No contestó ni hizo otro gesto, limitándose a continuar inmóvil, con las manos en el volante.

Belián se extrañó de la rígida actitud del sujeto. Puso un pie en el estribo y se situó a su altura.

—Me ha oído, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, le he oído —contestó el otro con voz neutra.

El detective sintió una vaga aprensión. Súbitamente, alargó la mano izquierda y tocó la mejilla del conductor.

—¡Es un robot! —dijo, vivamente sorprendido.

—¿Cómo? —preguntó Audrey desde abajo.

No había tiempo para explicaciones. Belián dio una orden:

—¡Abandona la cabina, pronto!

El conductor obedeció sin protestar. Llevaba gorra de uniforme y un chaquetón de cuero, prendas ambas que pasaron a poder de Belián.

Luego pensó qué podía hacer con aquella máquina de aspecto humano. No tardó en hallar la solución.

—Túmbate en el suelo y no te muevas hasta que yo te lo mande —ordenó.

El robot obedeció disciplinadamente. Satisfecho, Belián empujó por un brazo a la muchacha.

—Arriba —murmuró—. Escóndase para que no la vean.

Audrey no se mostró remisa en actuar. Belián se quitó la mochila y se colocó rápidamente la gorra y el chaquetón.

Luego ocupó el puesto del conductor. Cerró la portezuela y avanzó varios metros, para situarse en su puesto.

Observó que los camiones entraban de uno en uno. La puerta se cerraba después de que uno de los vehículos había pasado al interior del almacén. Sin duda, pensó Belián, querían evitar en lo posible las miradas indiscretas.

Al cabo de un tiempo que le pareció interminable, le llegó su turno. Hizo avanzar el camión a marcha lenta y cruzó el umbral.

Frente a él, un individuo —¿hombre o máquina?, se preguntó—, guiaba sus operaciones por medio de ademanes con los brazos. De pronto, le ordenó frenar.

Belián detuvo el camión. En el mismo instante, el suelo empezó a descender.

—¡Dios mío! —susurró Audrey, encogida en el fondo de la cabina—. ¡Es un montacargas…!

—¡Silencio! —ordenó él imperativamente, sin mover apenas los labios.

El movimiento del montacargas era suave y silencioso. Instantes después, se detuvo a una veintena de metros bajo la superficie.

Otro individuo hizo señas a Belián de que avanzara. El joven contestó con un imperceptible gesto de asentimiento.

Debía hacer un gran esfuerzo para no mostrar el asombro que le causaba lo que tenía ante sus ojos. Un gran túnel, brillantemente iluminado, se perdía con suave inclinación en las entrañas de la tierra.

De trecho en trecho, había señales de tráfico análogas a las usadas en la superficie. Las señales, entre otras cosas, indicaban la velocidad máxima, a la cual se atuvo Belián estrictamente. Pudo darse cuenta de que los discos emitían un ligero pero rápido centelleo y dedujo que ello se debía a causa de la impresión adecuada en los circuitos visuales de los robots conductores.

Aunque la curva era amplísima, el túnel se enroscaba en una inequívoca espiral descendente. De pronto, Belián divisó unos ligeros síntomas de humedad.

El camión precedente se había perdido de vista. Belián empezó a

sentir cierto desconcierto.

—¿Cuándo se acabará este túnel? —musitó.

El desnivel era incesante. De pronto, la curva se acabó y Belián divisó a lo lejos, delante de él, al vehículo precedente.

Unos doscientos metros más adelante, el túnel se bifurcaba en dos. El otro camión se adentró en el túnel de la izquierda.

Belián llegó a la bifurcación. Con un rápido vistazo apreció lo que había en el túnel de la derecha y, obedeciendo a una súbita inspiración, se metió por aquel lado, en lugar de seguir al precedente.

Unos cincuenta metros más adelante, cortó el encendido.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Audrey.

—Podría decirse que sí —contestó él.

Abrió la puerta de la cabina y miró hacia atrás. El túnel estaba desierto.

—Vamos a bajar —dijo.

Saltó al suelo. Audrey le siguió en el acto.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

Algo cayó del techo y llegó al suelo con sordo chasquido.

—Debajo del lago Crankess… y hay filtraciones de agua —contestó Belián.

—¿Tan profundo es el subterráneo?

—En su centro, el lago tiene una profundidad máxima de unos cincuenta a setenta metros —contestó él, recordando su consulta a la Enciclopedia Británica—. Juzgando por el desnivel del túnel de acceso, creo que nos encontramos a unos ciento veinte o ciento treinta metros bajo la superficie.

Audrey se estremeció.

—Si cediera la bóveda…

—Vale más no pensar en ello —sonrió Belián. Miró por encima del hombro y añadió—: Este túnel está aún en construcción, pero no parece que tengan mucha prisa por terminarlo. Vamos a ver qué hay en el otro.

Caminaron con paso cauteloso y llegaron a la bifurcación. El primer túnel seguía en línea recta, descendente todavía, durante unos ciento cincuenta metros; luego torcía hacia su izquierda casi en ángulo recto, pero con el suficiente espacio para permitir la maniobra de vehículos pesados.

De trecho en trecho, había algunas oquedades en los muros del túnel, a modo de refugios para el caso de un tránsito demasiado intenso. Un sordo rumor llegaba de un lugar situado en lo profundo.

Belián y la muchacha caminaron con paso rápido hasta llegar al ángulo del túnel. El rumor se intensificó.

Belián asomó la cabeza. Audrey, que le observaba, vio que se retiraba precipitadamente.

—Vienen dos individuos —dijo él, tomándola de la mano y echando a correr hacia el refugio más próximo.

—¿Por qué no seguimos en el camión hasta el final? Ahora se han dado cuenta de que falta y…

—Lo sé, pero ello nos permite una facilidad de acción que, de otro modo, no hubiéramos tenido. —Belián alcanzó el refugio, abrazó a la muchacha y la atrajo fuertemente hacia sí—. Allí nos habrían descubierto en él acto y… ¡Cuidado, ya están aquí!

Los dos individuos desfilaron con paso rápido por delante de ellos. Al detective le bastó ver la expresión de sus rostros para comprender que no eran máquinas.

CAPÍTULO XIII

Los dos individuos no se habían percatado aún de su presencia. Belián les dejó rebasar su posición y luego salió fuera del hueco.

—Será mejor que levanten las manos —dijo—. De lo contrario, corren el riesgo de recibir un balazo… y les aseguro que no haré ruido.

Los hombres se detuvieron en seco, atónitos por aquella voz que había sonado tan inesperadamente a sus espaldas.

—Vuélvanse —añadió el joven—. Despacio y sin movimientos sospechosos.

La orden fue atendida en el acto. Con la mano izquierda, Belián se desabrochó el chaquetón y buscó la cuerda que llevaba encima del traje.

—Tendremos que atarles —dijo.

Ninguno de los dos sujetos se había recobrado aún de la sorpresa. Pero uno de ellos consiguió articular una frase:

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—El nombre no importa demasiado…

Con gran vehemencia, Audrey dio un paso e interrumpió al detective.

—Opino que sí —exclamó—. Soy Audrey Stills. ¿Dónde está mi padre?

—¿Stills? —repitió el mismo individuo—. ¿Has oído tú ese nombre?

—Aquí no se pronuncian más que los nombres propios, no los apellidos —contestó el otro sujeto—. Sin duda debe de ser alguno de los tipos que han traído para experimentación.

Audrey dejó escapar un gemido.

—Cálmese —aconsejó Belián—. Vamos, ustedes dos, rápido;

cara a la pared, separados cuatro pasos y con las manos apoyadas en el muro. ¡Obedezcan o tiraré a matar!

La pareja se vió constreñida a obedecer. Belián entregó la cuerda a la muchacha, junto con una navajita de bolsillo.

—Corte lo que haga falta —indicó—. Ate primero las muñecas a la espalda y luego los tobillos. Ya buscaremos después algo para taparles la boca.

Audrey obedeció con presteza. Ató a uno y lo amordazó con su propio pañuelo. El hombre quedó tendido al pie del muro.

Luego se acercó al otro. Entonces, éste, inopinadamente, atacó a la muchacha.

Ella gritó. Belián saltó hacia adelante y golpeó con la cabeza el cráneo del sujeto, derribándolo fulminado.

—Dormirá un rato —diagnosticó fríamente—. Eso nos ahorra unos minutos que pueden resultar preciosos. ¡Vamos… y otra vez, pase lo que pase, no vuelva a gritar!

—Lo siento —se disculpó ella contritamente.

Doblaron el recodo del túnel, corrieron cincuenta metros más y, de pronto…

Era un espectáculo increíble, fantástico. Belián llegó a pensar por un momento que estaba soñando.

Una enorme caverna, cuyo final se perdía de vista; infinidad de máquinas, hombres trabajando activamente por todas partes, vehículos descargando su contenido, una luz radiante, pero que no molestaba a la vista… y mil y mil detalles más, imposibles de abarcar con un solo vistazo, denotaron a la pareja la existencia de algo que jamás hubieran llegado a suponer pudiera ser real.

La boca del túnel se ensanchaba en amplio embudo delante de ellos. La rampa se dividía en dos, a ambos lados, a fin de permitir el acceso y salida simultánea de dos vehículos. En el centro, quedaba una especie de tribuna semicircular, protegida por una barandilla, la cual quedaba como un estrado a diez o doce metros del suelo de la caverna.

Belián y la muchacha avanzaron unos pasos, fascinados por el increíble espectáculo. De trecho en trecho, pero separadas por una gran distancia, se divisaban unas enormes columnas de roca viva; la naturaleza reforzaba así la bóveda de la caverna, sobre la que gravitaban miles de millones de toneladas de agua.

De pronto, alguien dijo:

—Bienvenidos a Colphax Mansión, señorita Stills, señor Belián.

Audrey se volvió rápidamente. El joven lo hizo sin prisas.

Sabía a quién pertenecía aquella voz. Josephine Kibric les contemplaba a unos pasos de distancia, sonriendo burlonamente.

Tras ella, dos sujetos, de ropajes grises y rostro inexpresivos, les apuntaban con sendas ametralladoras de tambor. Un poco más atrás todavía, Belián divisó una abertura practicada en el muro de roca.

—Agradecemos sinceramente la bienvenida, Jo —contestó el detective—, aunque, a decir verdad, nos hubiera gustado fuese menos efusiva.

—Con usted, las precauciones nunca están de más —sonrió la hermosa mujer—. Por favor, Gil, deje caer la pistola.

—Con muchísimo disgusto —reconoció el joven.

Audrey se adelantó un paso.

—¿Puedo saber qué ha sido de mi padre? —preguntó con vehemencia.

Josephine le dirigió una fría mirada.

—Por ahora, debe bastarle saber que está bien —respondió—. Tendrán que seguirme —añadió—. Los dos.

Belián tomó el brazo de la muchacha. Josephine dio media vuelta y se metió por el hueco, sin mirar siquiera hacia atrás.

Belián pasó junto a los dos esbirros. Supuso que la mayoría de los individuos que veía allí debían de ser robots, pero era indudable que, para algunas «labores» de confianza, Josephine utilizaba seres humanos.

Ascendieron por una amplia escalera de caracol y terminaron por llegar a una vasta habitación, decorada con un modernismo rabioso, uno de cuyos muros era un gigantesco vidrio, desde el que se captaba una completa visión de la caverna.

Los esbirros quedaron en la puerta, inmóviles, como centinelas. Josephine onduló hacia un diván y se sentó en él, con lánguida postura.

—Siéntese, por favor, Audrey Stills —invitó—. Usted, Gil, ¿quiere encargarse de servir las bebidas?

—Si no nos da una pócima… —dudó él.

—Beberé lo mismo que beba usted —aseguró la hermosa morena.

Había un aparador con un completísimo servicio de licores, incluida la productora de cubitos de hielo. Belián se dijo que no le sentaría mal un trago.

Entregó sendos vasos a las dos mujeres, sentadas en posiciones opuestas. Él quedó de pie, con las piernas ligeramente separadas, situado entre ambas.

—Así que ésta es su fábrica de biorrobots —dijo al cabo de unos segundos de silencio.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó Josephine.

—Deducción, simplemente —contestó él.

—La palabra biorrobot no es exacta, aunque se acerca mucho a lo que pretendemos conseguir. ¿Acaso pensó que sacábamos los cerebros humanos de sus cráneos y los «empalmábamos» al cuerpo de un robot?

—He de confesar que sospeché algo parecido —dijo Belián.

—Pero no es así —negó Josephine—. La ciencia, pese a sus adelantos actuales, no ha conseguido todavía unir el cerebro de un hombre a un cuerpo mecánico.

—¿Entonces…?

Josephine tomó un sorbo de su vaso.

Sonrió.

—Prepara muy bien las bebidas, detective —alabó—. Lo que pretendemos aquí es insertar los conocimientos de un hombre en un cuerpo de robot.

—Dicho así, parece sencillo. ¿Por qué? —preguntó Belián.

—Los robots actuales son muy buenos, pero… poco discretos, diría yo. Necesitamos que tengan más; iniciativa, aunque, por supuesto, sin salirse de un determinado límite de obediencia.

—Voy entendiendo —dijo el detective—. Y para conseguirlo mejor, se han apoderado de la fábrica de circuitos biomecánicos y de la «Boreas Electronic».

—Exactamente.

—Pero eso era cuanto necesitaban —saltó Audrey—. ¿Para qué trajeron de nuevo a mi padre?

Josephine dirigió a la muchacha una larga mirada.

—Hijita, hay cosas que no se pueden hacer si no es a base de dinero, y nuestros fondos estaban agotándose. Ahora, en Londres, hay un robot con él procurándonos el dinero que necesitamos.

—Robando, mejor dicho —exclamó Audrey airadamente.

—Llámelo como quiera —dijo Josephine con indiferencia—. En nuestro caso, la necesidad no nos permite ser sentimentales… aparte de que, como he dicho, el señor Stills no ha sufrido el menor daño físico. Estará aquí una temporada, cuatro o cinco semanas, y luego regresará a Londres.

—Después de habernos despojado…

La mujer alzó una mano:

—Basta ya, señorita Stills —cortó secamente—. Lamento tener que privarme de su presencia, pero deseo hablar a solas con el señor Belián.

Hizo una seña. Momentos después, los dos esbirros se llevaban a la muchacha por una puerta situada en el extremo opuesto.

Josephine se puso en pie. Mirando intencionadamente al detective, se pasó las manos por las caderas, a la vez que realizaba una profunda inspiración, a fin de hacer resaltar las sólidas curvas del busto.

—Y bien, detective, ya estamos a solas —dijo, avanzando hacia él.

—Nos van a ver —advirtió Belián.

—Estamos solos —insistió ella—. Y el vidrio es polarizado por el lado que da a la caverna. ¿Eres capaz de imaginar lo que voy a pedirte?

—¿Y tú, no te imaginas cuál es mi respuesta?

Un relámpago de ira cruzó por los bellos ojos de la mujer.

—Así, pues, me rechazas a mí y a la fortuna que te ofrezco —murmuró despechadamente.

—¿Preferirías que te engañase?

Josephine suspiró.

—Quizá llegase a gustarme. —Le miró ardientemente—. ¿Por qué me habré enamorado de ti? —se lamentó—. Ahora me veo obligada a destruirte… pero haré que te pongan un nuevo rostro.

—¿Qué es lo que quiere decir? —Respingó Belián.

—Mi empresa necesitará muy pronto alguien que dirija los servicios de seguridad. Podrías hacerlo tú, en estado natural, pero si te niegas a ello, extraeremos de tu mente todos tus conocimientos y se los entregaremos al robot que ocupe tu puesto.

—¿Y qué pasará después conmigo?

—Quedarás convertido en un idiota.

—No es un panorama muy atractivo que digamos —mascullló Belián.

—En tu mano está el evitarlo —dijo Josephine.

—Así, pues, todos los individuos a quienes extraéis sus conocimientos, quedan convertidos en unos seres sin alma.

—Si… la «extracción» es total, sí, porque, además, aprovechamos de ellos determinadas circunvalaciones de su cerebro que, cuidadosamente, son injertadas, por decirlo así, en los circuitos rectores de sus acciones, mejorando de este modo y muy considerablemente los productos de la fábrica del señor Stills.

—Pese a lo cual, la estáis desmantelando y trasladando aquí, a este subterráneo.

—Sólo lo más necesario, pero era una fábrica muy grande y, forzosamente, hay abundancia de maquinaria de alta precisión.

—Y lo mismo haréis con la «Boreas Electronic».

Josephine sonrió.

—¿Puede dudarse? —contestó.

—No, visto lo que sucede, no —convino el detective—. Así que a mí me convertiréis en un idiota.

—Puesto que lo prefieres…

—Una cosa —dijo Belián, cambiando el tema—, ¿cómo habéis extraído del señor Stills sus conocimientos para traspasarlos a la memoria mecánica del robot que lo sustituyó?

—Bueno, hay algo que se llama hipnosis, aunque sea bajo la acción de drogas. Nos dijo todo cuanto queríamos saber, créeme.

—No lo dudo. ¿Quedará en su cerebro algún residuo pernicioso de la operación?

—Nada, excepto una laguna en su memoria, relativa a los días que ha pasado aquí. Lógico, ¿no?

—Desde luego. —Belián se acercó a la ventana—. Imagino que Satterley, a quien no tengo el gusto de conocer personalmente, fue el que le dio la droga y luego la orden de venir a Crankess.

—En efecto; y lo mismo hizo con Boreas.

—Esto es muy grande —observó el detective—. ¿Lo encontraste tú?

—¿Tiene alguna importancia para ti? —repuso Josephine—. Podría hablarte del clásico cuento del cazador que, con el perro,

persigue a una presa; el can se mete en una cueva, cuya boca está cubierta por unos espesos matorrales; el cazador sigue al perro y… Bien, el proceso de acomodación ha durado bastante tiempo, créeme.

—Y costado mucho dinero.

—Eso no se puede negar; pero el doble del señor Stills, ya te lo he dicho antes, está ahora en Londres procurándonos fondos.

—Una idea magnífica, todo es preciso admitirlo —dijo Belián cortésmente—. Pero esto no se hace sin un equipo de científicos realmente notable.

—Lo tengo —contestó Josephine con orgullo—. Y el principal de todos, el que dirige las operaciones científicas, es el doctor Conniphar. Quizá hayas oído hablar de él.

—Me suena, en efecto. ¿Y está de acuerdo contigo en hacer… bueno, eso de sacarle a uno los sesos y traspasárselos a un robot?

—Es un enamorado de la ciencia; con eso, queda dicho todo.

—Ya —contestó Belián—. Y muy bien dicho…

Un ruido repentino se oyó en el exterior, atrayendo la atención de la pareja. Belián y la mujer volvieron la cara al mismo tiempo hacia la entrada.

—¡Déjame pasar! —Sonó una voz colérica, aunque de tonos muy extraños—. ¡Te digo que quiero entrar y entraré, aunque…!

Se oyó un grito de dolor y un golpe sordo. La puerta se abrió de golpe y un hombre penetró en el recinto con aire de estar poseído por una inmensa cólera.

CAPÍTULO XIV

Josephine también se irritó. Con ojos que despedían chispas de ira, avanzó al encuentro del sujeto.

—¡Ross! ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? —exclamó con gran enojo.

Tendido ante el umbral de la puerta, Belián divisó a uno de los esbirros vestidos de gris, cuya ametralladora había rodado por el suelo al ser golpeado por el colérico intruso. Por un instante, pensó en aprovechar la ocasión, pero la distancia era excesiva e ignoraba la clase de armas que podía emplear Josephine para reaccionar.

El hombre tendió su mano derecha hacia Josephine.

—Quiero salir de aquí —dijo descompuestamente—. Llevo ya más de ocho meses encerrado y aún no he podido salir un solo día, para ver a mi mujer y a mis hijos. ¿Cuándo va a llegar ese día…?

Belián arqueó las cejas. Así, pues, aquél era Ross Wengy, el esposo de aquella linda muchacha de Karnaldy, a cuyo hijo había estado a punto de atropellar.

Prestó atención al diálogo. Si Wengy se sentía defraudado, podía utilizar su despecho para combatir a Josephine.

—¿Su mujer? ¿Sus hijos? —dijo ella despectivamente—. Ross, ¿sabe bien lo que se dice?

—¿Acaso estoy pidiendo una cosa del otro mundo? Llevo separado de ellos ocho meses y…

—Eso ya lo sé —atajó Josephine—. Pero, Ross, ¿acaso no se ha dado cuenta de qué es usted?

Belián frunció el ceño. Ella había dicho «qué» en lugar de «quien».

—Bueno, eso no importa —contestó Wengy—. A fin de cuentas, conservo los sentimientos…

—¡Idiota! ¿No ve que Clara descubriría la verdad apenas asomara por la puerta de su casa? ¿Quiere que ponga en peligro toda nuestra obra sólo porque usted sienta añoranza de una mujer? ¡Márchese en el acto y vuelva a su puesto!

—Pero…

—¡Márchese, he dicho! ¡Usted tiene que olvidar sus sentimientos personales! ¡Recuerde lo que es… recuerde que es un robot, Ross Wengy!

Belián se puso rígido. Sí, la pobre Clara ya no vería más a su esposo.

Y si el robot que ocupaba su puesto iba un día a visitarla, ella misma le rechazaría llena de horror al conocer la verdad.

Mejor viuda que la esposa de una máquina, pensó. Clara era joven y agraciada; el tiempo pasaría y olvidaría su pena y encontraría otro marido… de carne y hueso.

El robot, sumiso, se batió en retirada.

—Lo siento, señora —murmuró, volviéndose hacia la puerta.

Josephine se enfrentó con el joven.

—A veces, los robots nos crean problemas —explicó—. El doctor Conniphar está trabajando en ello.

—Por lo visto, al traspasar a este robot los conocimientos del humano a quien sustituye, se le traspasaron también algunos sentimientos, como la nostalgia del hogar —dijo Belián irónicamente.

—Quizá, en este caso, se le fue la mano a Conniphar. Pero Ross era un buen mecánico y necesitábamos un tipo como él.

—¿Era preciso que lo suplantaran por un robot?

—En un principio, no teníamos intención de hacerlo; pero empezó a sentirse inestable emocionalmente, a causa de esos mismos sentimientos, y no nos quedó otro remedio que convertirlo en un robot. Bien, dejemos esto ya a un lado y hablemos de nosotros, Gil.

—Hablemos —concordó el detective.

Josephine sonrió.

—Tengo veintinueve años, dos o tres menos que tú —dijo—. No soy fea… y dinero no me hace falta. Es tu última oportunidad, Gil, no la desaproveches.

Belián se acarició la mandíbula con aire pensativo.

—Antes me gustaría saber cuáles son vuestros propósitos —dijo.

—¿No están a la vista? —contestó ella—. Fabricaremos los mejores robots del mundo, robots tan perfectos como un ser humano, pero sin sus necesidades físicas; máquinas que podrán trabajar las veinticuatro horas del día, sin sueldo, sin gastar en comida, salvo algo de ropa, porque no resulta agradable ver a un robot desnudo; es antiestético, ¿comprendes? No necesitarán otro alimento que un poco de energía eléctrica y algunas gotas de aceite…

—Un programa magnífico —alabó Belián—. Pero ¿quién los comprará? Y, sobre todo, ¿qué dirá la gente cuando conozca los procedimientos empleados para la obtención de esos robots? ¿Cómo seguiréis extrayendo conocimientos de los cerebros humanos? ¿Vais a estar raptando personas durante años y años?

—Oh, no —sonrió ella—. Solamente secuestraremos a unas cuantas…, quizá algunos cientos, claro, seleccionándolos cuidadosamente, con arreglo a sus conocimientos. Pero luego, los robots se desarrollarán psíquicamente por sí mismos y…

—Y puede que un día las máquinas se subleven —aventuró el detective.

—¡Jamás! Lo primero que hacemos es inculcarles una disciplina y una obediencia absoluta a los seres humanos.

—Como a Ross Wengy —dijo él burlonamente.

—El caso de Ross es único, puede decirse. Pero si continúa así, lo suprimiremos. ¡Vamos, decídete de una vez! —le apremió la mujer.

—Si digo que no, ¿cuándo empezará el tratamiento?

—Dentro de unas horas. El doctor Conniphar está descansando. En cuanto se levante, empezará contigo.

—Me gustaría descansar también a mí un poco —pidió Belián.

—Cuatro horas —accedió ella—. Es el máximo de tiempo que puedo concederte. Lo siento. —Josephine meneó la cabeza—; me gustas demasiado y es una lástima que hayas de convertirte en un robot.

—Más lo siento yo —refunfuñó Belián.

Josephine hizo un gesto con la mano. Un hombre armado apareció en el acto.

—Lleve al señor Belián a su alojamiento —ordenó ella

fríamente.

—Sí, señora.

Belián echó a andar sin volver la vista atrás una sola vez, en dirección a la misma puerta por donde había desaparecido Audrey. Encontró una escalera y empezó a subir los peldaños, seguido por el esbirro.

Momentos después, llegaba ante un largo corredor con varias puertas metálicas. Un guardia se paseaba aburridamente, metralleta al brazo, a lo largo del pasillo y contempló al joven con indiferencia.

—Aquí es —dijo el vigilante de Belián súbitamente, deteniéndose ante una de las puertas—. Ábrala usted mismo —añadió.

El joven obedeció. Al otro lado, había una habitación sobriamente amueblada, en la que no faltaba detalle alguno, sin embargo.

—Entre —le ordenaron.

Belián cruzó el umbral. De pronto, se volvió hacia el guardia, que ya se disponía a cerrar la puerta.

—Oiga, amigo —dijo—. Aquí falta algo. Si voy a estar prisionero, quiero al menos un mínimo de comodidad.

—No falta nada…

—¿Cómo que no? Entre y lo verá. ¿Acaso cree que no tengo ojos en la cara?

El guardia cayó en la trampa. Dio dos pasos dentro del cuarto y, entonces Belián alargó el brazo derecho, apuntándole con el índice como si fuese el cañón de la pistola.

Un chorrito de vapor muy denso brotó del dedo, alcanzando de lleno la cara del esbirro. Éste gruñó algo y levantó el arma, pero, de repente, se le doblaren las piernas y empezó a caer hacia adelante.

Belián lo sostuvo en brazos antes de que chocase contra el suelo. Lo depositó suavemente en el pavimento y luego le arrebató la ametralladora, cuyo seguro quitó en el acto.

Se asomó a la puerta.

—¡Eh! ¡Oiga! —gritó—. ¡A su compañero le ha pasado algo! ¡Está enfermo…!

El individuo corrió hacia allí, enfrentándose segundos más tarde, con el cañón de la ametralladora que se apoyaba bajo su nariz.

—Una sola palabra y te pulverizo el cráneo —dijo Belián truculentamente.

El guardia se quedó rígido. Belián le quitó la metralleta y luego le hizo pasar al fondo de la estancia.

—¿Dónde está la chica? —preguntó.

—En… Cuarta puerta a la derecha…

—Gracias, hermano. ¿Y su padre?

—La siguiente.

—Muy bien. Diviértase lo que pueda —sonrió Belián.

Salió del cuarto y cerró la puerta de un puntapié. Con las dos ametralladoras en las manos, corrió hacia el encierro de Audrey.

Las puertas se cerraban por un simple pasador externo. Belián abrió sin pérdida de tiempo.

—¡Gil! —exclamó ella, atónita.

Estaba tendida en el lecho, pero se levantó en el acto.

—¿Cómo ha conseguido…?

—No es el momento de explicaciones —la interrumpió él—. Sígame, pronto.

Audrey era mujer de rápida comprensión y obedeció a Belián en el acto. A continuación, el joven abrió la siguiente puerta.

—Ahí está su padre —indicó—. Si duerme, despiértele y dígale que salga todo lo aprisa que pueda.

Audrey se precipitó en la habitación. Belián oyó un grito sofocado y una exclamación de sorpresa.

Por precaución, examinó las restantes habitaciones. Estaban vacías.

Unos minutos después, Stills y su hija salían al corredor.

—Joven —dijo el financiero—, no olvidaré jamás esto que ha hecho por mí.

Belián le entregó una de las ametralladoras.

—Si de veras quiere agradecérmelo, tome este cacharrito —dijo —. Supongo que sabrá utilizarlo, ¿no?

Stills rió sonoramente.

—Era un buen tirador, en mis tiempos de servicio en la Armada —contestó—. ¿Por dónde vamos?

—Síganme los dos y dejen que yo actúe —contestó el detective.

Belián corrió hacia la escalera, cuyos peldaños descendió con grandes precauciones. Sintióse satisfecho del truco de la cápsula de

gas narcótico disimulada en el dedo índice. Una leve aspiración del gas bastaba para adormir a un hombre poco menos que instantáneamente.

Abrió la puerta inferior lentamente y miró al otro lado.

Josephine estaba en pie, contemplando el espectáculo que ofrecía la caverna en plena actividad, junto al enorme muro transparente. Una sonrisa de orgullo flotaba en sus labios.

Belián acabó de cruzar el umbral. Avanzó unos cuantos pasos y se colocó a poca distancia de la mujer.

—Jo —llamó.

Ella se volvió. Sus ojos se desorbitaron por la sorpresa al verse delante de un hombre a quien creía en su encierro.

—¿Cómo…? —exclamó, atónita.

—El cómo no importa —atajó él—. Lo interesante es que nos vamos y que tú te vienes con nosotros. Responderás de tus crímenes, te lo aseguro.

Una sonrisa burlona distendió los labios de Josephine.

—¿De veras crees que podrás escapar de aquí? —preguntó.

Belián alzó la ametralladora.

—Si tengo que quedarme, lo haré contemplando tu cadáver —dijo duramente.

Ella cobró miedo. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, un hombre irrumpió súbitamente en la estancia.

—Satterley —gritó el financiero.

Satterley se quedó paralizado por el asombro.

—Entre, entre —invitó Belián de buen humor—. ¿Tenía que decirle algo a la encantadora señora Kibric?

De pronto, observó que el rostro de Satterley tenía un color ceniciento. El hombre estaba amedrentado, no cabía duda.

¿Por qué?

Satterley se volvió hacia Josephine.

—Ese maldito Wengy se ha vuelto loco —dijo.

—Destrúyelo —ordenó ella implacablemente.

—Lo he intentado, pero me golpeó con una barra de hierro. A duras penas pude esquivarle…

—¡Es tarde ya para todo el mundo! —tronó una voz en aquellos momentos—. Los motores nucleares están inestables y explotarán dentro de unos minutos.

Satterley se volvió en redondo. Armado con una pesada barra de hierro, el robot se hallaba bajo el dintel de la puerta, sonriendo diabólicamente.

—¡Todos pereceremos! —gritó.

Satterley, lleno de pánico, saltó hacia adelante. La barra de hierro subió y bajó, destrozándole el cráneo.

Belián juntó los labios. Había una forma de abrirse paso.

Apretó el gatillo. Un chorro de balas salió de la boca del arma. Los fragmentos del cuerpo del robot volaron por todas partes.

—¡Corran! —gritó a Audrey y su padre.

Luego se volvió hacia Josephine.

—Tú también —dijo.

Ella movió la cabeza. Sus ojos brillaban con un extraño fulgor.

—No. Mi obra va a ser destruida y no quiero sobrevivir a ella —contestó.

Belián saltó hacia la mujer y la asió por un brazo. Ella continuó inmóvil.

—¿Por qué no te mueves? Vamos, date prisa…

—Al final del túnel, poco antes del montacargas, encontrarás una puertecita. Da a la mansión —indicó Josephine—. Escapa, pronto, antes de que sea demasiado tarde. Yo me quedo.

—Pero ¿por qué? —insistió el detective.

—¿Quieres saberlo? —preguntó ella, con una extraña sonrisa en los labios. De pronto, levantó una mano y se desgarró las ropas, dejando el pecho al descubierto.

Belián se tambaleó, aturdido por la sorpresa.

—Tú… también… —balbuceó.

—Sí —dijo ella lacónicamente.

Horrorizado, el detective huyó a la carrera.

Algunos de los humanos, enterados de la tragedia, huían también. Belián no intentó detenerlos.

Pronto alcanzó a Stills y a su hija. Minutos más tarde, salían al exterior.

Amanecía ya. El lago era una mancha de plata oscura en la lívida luz del alba lluviosa.

Un sordo trueno llegó de pronto de las profundidades de la tierra. Desde una de las ventanas del edificio, vieron de pronto una enorme burbuja de espuma que surgía del centro del lago.

El suelo retembló. Luego se produjo un enorme remolino en el lago, cuyo nivel empezó a descender rápidamente.

El nivel se estabilizaría cuando la caverna quedase completamente inundada, pensó el detective.

Epílogo

Audrey empujó la puerta. Desde el umbral, divisó a Belián, sentado en un sillón, inmóvil, en actitud meditabunda, ajeno por completo a cuanto le rodeaba.

—Gil —murmuró.

El detective levantó la cabeza. Se puso en pie.

—Hola, Audrey.

—Esperaba que vinieras a casa a visitarnos —le reprochó ella—. Mi padre quiere agradecerte, y con algo más que con palabras, cuanto hiciste en nuestro favor.

—Es un caso concluido ya, ¿no?

—Te equivocas. Aún falta darle remate —sonrió Audrey.

Se situó frente a él, rozándole casi con el cuerpo.

—¿No te imaginas cuál es el remate del caso? —preguntó, sonriente.

—Audrey, entre tú y yo hay una gran diferencia…

—¡Naturalmente! —rió ella—. La diferencia que existe entre un hombre y una mujer. —Le echó los brazos al cuello—. ¿Cobarde?

—Contigo, sí.

Audrey frotó su mejilla contra la del joven.

—Eso significa que me quieres —dijo—. ¿Sabes?, mi padre guarda aún la ametralladora que le diste en la caverna. Dice que está dispuesto a ponerla en tu espalda para llevarte hasta la iglesia. A veces tiene muy mal genio…, pero a mí me gustaría más que fueses sin presión de ninguna clase… sólo con la presión de mis brazos…

Belián suspiró.

—Parece irresistible —se rindió.

—Lo es —confirmó ella, estrechándose aún más contra su

cuerpo—. Dime, Gil —preguntó de repente—, ¿aún te acuerdas de Josephine?

—Me acuerdo de lo que era en realidad —contestó él.

—Era una mujer malvada…

—Era un robot.

Audrey le miró, vivamente sorprendida.

—Gil, ¿qué dices? —exclamó.

—Intenté salvarla. Ella se negó. Se arrancó las ropas y me lo demostró.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible…?

—No hay más que una explicación —dijo él—. Recuerda el caso de Ross Wengy. Era inestable emocionalmente y la frustración que le produjo la negativa de Josephine a reunirse con su familia, le hizo provocar el estallido de los motores.

—Sí, eso ya lo sé, pero ¿y ella?

—Será difícil que lleguemos a conocer la verdad algún día —manifestó Belián—. Mi opinión es que, llena de orgullo, quiso probar en sí misma lo que hacía a otras personas. Tal vez su mente poseía una mayor estabilidad, pero no pudo librarse de un sentimiento de orgullo que la llevó a dejarse destruir con su obra.

—En todo caso, era un robot perfecto. A ti te engañó.

—No era un robot perfecto. Su orgullo la venció finalmente.

—Sí, pero… ¿por qué lo haría? —preguntó Audrey.

—Tal vez quiso ser un robot reina en un mundo de robots.

—Es posible —admitió la muchacha.

Luego añadió:

—Acaso quiso transformarte a ti en rey consorte de su mundo robótico.

Belián sonrió.

—Renuncio a esa corona —dijo.

—Te conformas son ser rey de tu casa, ¿eh?

—Un reino muy pequeño, pero suficiente para mí, Audrey.

—Tus súbditos te obedecerán siempre —prometió ella.

Hubo una pausa de silencio. Después, Audrey dijo:

—Gil, tendremos que ocuparnos de Clara Wengy y de sus niños.

—Buena idea —aprobó él.

De nuevo volvió el silencio. Ahora, Belián estaba muy ocupado besando a la muchacha.

Audrey apoyó la cabeza en el pecho del detective.

—La pesadilla ha terminado —murmuró.

—Sí —convino él—. No se puede asaltar el yo de alguien sin su consentimiento; los resultados son funestos. Es preciso que cada ser humano continúe con su libertad de mente y que sólo ceda en lo necesario para el bien común, pero que, sobre todo, siga siendo humano y no una máquina.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.





LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.